

CRISTIANDAD

Año XXV - N.º 443

BARCELONA

ENERO 1968

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

EDITORIAL

EL PECADO DEL SILENCIO

José R. Bidagor, S. I.

EL CONCILIO DE JERUSALEN: II EN LA PRIMERA Y MAS GRAVE CRISIS DE LA IGLESIA DE CRISTO

Roberto Cayuela, S. I.

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE ESPIRITUALIDAD MODERNA. Segunda parte

Francisco Segarra, S. I.

PASTORAL DEL ARZOBISPO DE BARCELONA EN EL AÑO DE LA FE. (continuación)

1917 EN LA TEOLOGIA DE LA HIS- TORIA- VII. INGLATERRA UN GRAN IMPERIO SIN BASE TEOLOGICA.

Luis Creus Vidal

TOPICOS:

14 CENTIMETROS CONSTANTINO.

Carlos A. Callejo

"CRISTO TE LLAMA"

M. L. S.

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Telf. 2212775

ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Director: Fernando Serrano Misas

"MUCHOS SE CALLAN"

(De la pastoral de los Obispos Alemanes publicada en L'Osservatore Romano de 15 diciembre de 1967, y de la que iremos dando importantes fragmentos.)

La humanidad se encuentra en un proceso de cambios rápidos y decisivos. Las ciencias naturales y la técnica investigan en el universo y en las partes más minúsculas de los organismos. El hombre ejerce un dominio sobre la tierra en una medida hasta ahora apenas soñada y viene en un mundo que él mismo transforma cada vez más. Esto naturalmente le afecta a él, a su mentalidad y a su comportamiento.

Hay quienes aprueban con entusiasmo tal desarrollo. Otros por el contrario se sienten preocupados por los nuevos peligros que amenazan al hombre engrdeído por tanta potencia.

Pero a pesar de los más estupendos progresos, surge no menos apremiante la principal pregunta: ¿qué sentido tiene todo esto, cual es el fin del hombre?

Es precisamente en esta época que la Iglesia está llamada a dar a este interrogante una respuesta satisfactoria y a indicar el camino justo. ¿Lo hace? Muchos se callan.

Y por eso muchos son turbados en su fe.

En tales circunstancias dirigimos nuestras palabras de exhortación y fraternal aliento a todos aquellos que con nosotros se fatigan "en el ministerio de la reconciliación" (2 Cor. 5, 18), "en la predicación y en la enseñanza" (1 Tim. 5, 17). El mensaje que estamos encargados de enunciar, no es de sabiduría humana sino de "sabiduría de Dios" (1 Cor. 1, 24).

Es un mensaje que ningún nuevo conocimiento humano hace superfluo y que, por tanto, es válido para todos y en todos los tiempos. Tal es el pensamiento con que se cierra la Constitución conciliar sobre la Revelación: "La palabra de Dios permanece para siempre: y es ésta la palabra que os ha sido anunciada".

EL PECADO DEL SILENCIO

Hay silencios triunfales. Lo dijo San Agustín, cuando oía callar a Cristo increíblemente entregado al poder de las tinieblas, en aquel que era momento de callar, porque Dios tenía una Voluntad de sacrificio total sobre el Siervo.

Y hay silencios cobardes, que son pecado personal y social. Un pecado que debemos examinar con seriedad en estos tiempos difíciles.

Don Joaquín Ruiz Giménez, al clausurar el III Congreso Mundial del Apostolado Laical, dijo acertadamente: "... La realización de esa "comunidad vital" a la vez jerárquica y democrática, en el más hondo y limpio sentido de ambos términos, exige autenticidad creciente en el diálogo, confianza y credibilidad recíproca entre pastores y pueblo; lenguaje directo y transparente..., encarnación concreta del lenguaje de Cristo, perpetuamente renovado al contacto con la vida histórica, y realizado en la justicia, en la libertad, en la pobreza, **en el grito cuando haga falta el grito...**"

Y no es imposible que hoy haga falta el grito.

Pero el grito ¿de quién?

La pregunta es arriesgada. Y sin embargo debe ser afrontada con valentía: "¿Quiénes callan hoy, cuando deberían gritar?"

Negar que vivimos una atmósfera politicada sería cerrar los ojos. Y hoy es obligación el abrirlos. Todos hablamos del bien común; todos decimos movernos por interés hacia los demás. Y en vistas a ese interés nos agrupamos, dialectamos y hasta peleamos...

Y esto no porque seamos celtibéricos, sino, sencillamente, porque somos humanos. Y porque cada hombre tiene una cabeza y un corazón que funcionan y se dejan hacer funcionar... y por eso cada uno se agrupa; y busca el modo de tener ese corazón y esa cabeza del otro... La pugna indica ya un deseo de desequilibrio: la victoria necesita contradicción. Es natural, por eso, que cuando buscamos vencer, nos colguemos del extremo del platillo para hacerlo hundirse de nuestro lado.

(Aquí, si no fuese tan serio, habría que reírse de la invocación repetida que en determinados sectores se

hace hoy de la objetividad. Lo curioso es que una lograda publicidad —suave y áspera a un tiempo—; escondida cuando se precisa, y acertadamente brillante en otros momentos; se ha arrogado para sí la objetividad consiguiendo estigmatizar de inacabados extremismos a los que no quieren subirse en la farándula del momento. La objetividad sin embargo es un privilegio divino. El monopolio de dicha objetividad frente a los apasionados celtibéricos, se lo han conseguido a pulso de dinero y de política unos hombres que no por ocupar el centro de Europa creo que tengan su lugar en el centro de la balanza. Dejemos al Fiel que ocupe todos los lugares entre el alfa y la omega: y cantemos cada uno con nuestra voz y nuestra letra. Sólo así será armoniosa la marcha...)

De todos modos lo cierto es que nos agrupamos porque lo humano es lo comunitario. Pero una comunidad se puede reunir en torno a Dios, para escuchar palabras de vida eterna y someterse en el servicio a lo divino; y puede agruparse, llena de apariencia cultural, arropada por el sonido de palabras sabias y medios humanos, que acompañan al racionalismo y la dialéctica con la agilidad filosófica de los mejores momentos intelectuales de la historia.

"La comunidad teológica", será una comunidad humilde porque oye a Dios. "La agrupación racional" no pasará de escalas más o menos brillantes, obligadas necesariamente a manejar en definitiva el sofisma halagador de las viejas pasiones. Estas serán las comunidades políticas prestas a invocar inmediatamente los "derechos propios e irrenunciables" de la persona humana; la sonoridad impresionante de un bien común que no sabemos hasta dónde alarga los brazos de esa comunidad, supuesto que excluye de su perímetro a los que no se dejan convencer por el fluido silogismo y las espléndidas voces dialécticas. Este grupo es el que invoca la cultura. Tal vez no invoque tanto la oración. Tal vez cree más en el hombre que en Dios. Tal vez piensa más en el Cristo dominador que en el Cristo siervo, olvidando que el triunfo viene precisamente por la humillación. Tal vez... Tal vez...

Es evidente también que cuando nos colgamos de los platillos para inclinarlos posiblemente nos extrema-

mos. Son los dolorosos extremismos que hoy sufrimos.

¿Pero somos todos los católicos los que nos colgamos de un lado o del otro? Sin duda hay una gran masa de hombres responsables que contemplan preocupados el ambiente de guerra que se va formando.

Y aunque sea tremendo lo que voy a decir, creo sin embargo que es cierto: Ellos no pueden permanecer neutrales. Es preciso que hablen, **si quieren evitar la guerra**. "Porque sólo ellos pueden hacerlo".

Pero, ¿es que no podemos evitar la conflagración?

Se nos dice que dos no riñen cuando uno no quiere. Se nos dice que Cristo mandó presentar la otra mejilla a quien nos hirió primero; y se nos invita a una sumisión redentora por el mundo que sufre.

El dilema es profundamente serio: Entregarse por la paz; o luchar por la misma paz: "¿Qué quiere Dios?" Porque hay momentos de callar y momentos de empuñar el látigo. Y de los libros sagrados todavía no se han arrancado las páginas de llanto y de cólera de los Macabeos. Uno puede callar y ofrecerse. También lo puede hacer un grupo. Pero eso sería fácil si uno estuviera solo; si nada dependiese de ese uno; si no hubiera niños y pueblos a quienes otras voces atraen con cantos y promesas. Si uno no tuviera sobre sí, pesándole a veces como una inmensa montaña, el deber de educar, de formar... Tal vez fuera más fácil huir al desierto, y dejarse golpear. Tal vez estaría justificada la postura del silencio. Pero existe un ineludible deber de hacer entre todos la cosa pública; de crear entre todos la opinión; de provocar el clima en donde determinadas vidas pueden germinar, y crecer. Lo ha dicho el Concilio: "La comunidad política nace para buscar el bien común, en el que se encuentra su justificación plena y su sentido..." (GS. 74).

Por todo ello, "tal vez", urgen hoy como nunca la obligación de agruparse para **gritar** en favor de la comunidad.

"Tal vez" es ésta la **voluntad de Dios**: los signos de los tiempos que hay obligación de auscultar.

"Tal vez" debíamos oír lo que me decía aquel hombre de experiencia y doctrina:

Hemos sido educados en una humilde sumisión a la voluntad de Dios que siempre pensábamos descendía de arriba a través de los superiores. El concepto es exacto; pero el modo del descenso de Dios se ve que hoy ha variado. Hoy —lo vemos más por la manera de obrar de determinados superiores, que por sus palabras y escritos— parece que ellos esperan oír la voz de los súbditos para determinarse a actuar. Quieren saber lo que se piensa abajo para determinarse a actuar responsablemente.

Y aquí comienza la dificultad: mientras un grupo, que posiblemente entendió antes que nosotros eso; un grupo que no es, **desde luego**, la mayoría, aunque sí es, **desde luego**, el mejor organizado; el que se ha hecho con la Prensa, la publicidad, la economía —¡oh la economía, y el dios Mammón!—; un grupo que sabe señalar siempre los puntos de filtración posibles para una

ley que ellos mismos han cuidado; un grupo que desea en la Iglesia las asociaciones libres —rechazando para ello, si es preciso, las constituciones pastorales del Magisterio— a fin de que con la atomización de grupitos a los que ellos han indicado que "pueden hacer lo que quieran" (inscribirse o dejar de haberlo en tal federación, conservar o rechazar un nombre, etc.) puedan después absorber esos mismos grupitos dentro de su colosal organización criptógama... Todo ello, ya se sabe, a base de slogans del momento: "Es la hora de la unión"; "Esto lo quiere la Iglesia" (?); "Permanecer en vuestros viejos castillos es integrismo inmovilista que el Vaticano nuestro ha condenado..." Y mientras, digo, este grupo sabe a donde va; nosotros permanecemos inmóviles porque aguardamos de arriba la voz de nuestros superiores. **Y paradójicamente los de arriba esperan nuestra voz que debe llegar de abajo**. "Y esta voz es la que vosotros debéis conjuntar". Porque hay que persuadir al católico medio, de buena voluntad, que esto no es hacer campaña contra la voluntad de Dios, sino todo lo contrario. "Es cumplir la voluntad de Dios de que se haga campaña para que los superiores entiendan la voz del pueblo."

(Más arriba hemos hablado de esa dolorosa ironía que juega hoy con el "sensus fidelium", buscando la voz de la fe en el plebiscito popular sin dosis masivas de oración y sacrificio, pero con dosis empachosas de sensualidad, etc.)

Esta es pues la pregunta: "¿Quién debe gritar?" El derecho a que se oiga nuestra voz de fieles es también un deber en estos momentos. Imperioso y molesto deber. Porque paradójicamente el grupo que hoy habla ha conseguido desprestigiar a toda propaganda que no sea la suya.

"¿Quién debe gritar?" ¿Cómo sabemos que es nuestra hora?...

Y, tristemente, pero comprensiblemente, habrá entre nosotros multitudes que no quieran oír la voz del **¡Dios lo quiere!** que lanza un grupo angustiado. Habrá cien preguntas racionales y exactas: "¿Quién le dio a usted papel de profeta? ¿Es que vamos a entrar nosotros en el grupo de presión? ¿vamos a hacer la guerra?..."

Y cada uno se volverá sobre sí mismo; o sobre su grupo cerrado y cómodo (aun cuando sea de incómodo y austero vivir por paradoja...); y reflexionará lentamente (¡demasiado!) sobre las inquietudes y sorpresas que esto puede deparar... y la guerra seguirá avanzando...

Tenemos demasiado que perder, por lo visto. Y otros parece que ya lo perdieron todo...

Con todo el riesgo de soberbia que mi gesto implica yo me decido a gritaros:

"Creo que el bien común os reclama. El bien de la Iglesia".

Hay demasiadas lágrimas a nuestros alrededor. Demasiadas vocaciones que se hunden en la angustia y el lodo. Demasiados giros inciertos que terminan en

locura o solipsismo. Si se juntasen las lágrimas que hoy se lloran en la intimidad de tantas almas religiosas a las que una ola inmensa ha arrancado al silencio a que por su consagración tenía derecho; ha arrancado la seguridad de su vocación apostólica dejándoles en una incertidumbre de tonos "sociales" más próximos a la lucha de clases y filosofía marxista que a la entrega del alma por los demás; ha aplastado con el fomento de un universalismo comunista que nada tiene de comunitario y tiene todo de disolvente; ha aturcido a base de una publicidad machacona hecha con atrayente sabiduría humana y perfectos modos dialécticos; y está destruyendo la auténtica ilusión por la vocación personal de su instituto... Si se juntasen todas esas lágrimas (como sin duda Dios las represa en un fantástico salto de gracia...) el mundo católico se conmovería. No es pesimismo. No es que algunos deseemos resaltar, por ejemplo, de los discursos del Papa, sólo las alarmas. Es que buscamos una salida para la Iglesia. Buscamos el bien común. Buscamos la paz. **Y no queremos la guerra**, sino el diálogo. Porque sabemos que esas voces que se oyen hoy más que la misma del Pontífice no son unánime sentir de la Iglesia, sino que por el contrario "esa unanimidad tan cacareada a veces, no es sino la máscara del indiferentismo, del absentismo, de la adulación y traición a la causa común" (GS. 74). Y sabemos que esas voces no plenamente auténticas se oyen más, precisamente porque ellas mismas se cargan de plañidos profundamente humanos; acentos de queja, de protesta por una falta de libertad —que somos otros los que padecemos—; porque "no pueden participar en la vida y gobierno de la cosa pública..." Y cargadas de esos plañidos intelectuales son el cebo óptimo para que piquen todos los peces...

Callar es un pecado.

Es preciso que lo entiendan aquellos para los que he escrito esto: **Pecan los que pudiendo ser oídos no hablan por cobardía o por excesiva prudencia**. A algunos ya no se les oye. Están demasiado calificado de "conservadores" y otras cosas. Dicen las canciones protesta únicas que en este mundo no se escuchan. Pero hay otros muchos sensatos; hombres inteligentes; ecuanímenes; que han tenido gobierno y saben lo duro que es mandar. Hay otros muchos hombres que posiblemente callan por virtud; porque creen que esto es obedecer; por temor a enfrentarse con los superiores. Y sufren. Pero posiblemente están equivocados. "Su voz y su sufrimiento deben ser oídos". Ellos sabrán decir las palabras exactas, con el modo exacto y la ecuanimidad precisa. Tal vez ya alguien les ha abierto brecha. Ahora es su momento. Si todas esas voces serenas y graves se uniesen **se evitaría la guerra** y se haría la luz.

Esto no es un grito histérico. Esto es el fruto de una constatación a lo largo de la piel de esta España entrañablemente amada. Son centenares los religiosos —aun novicios—, ellos y ellas; sacerdotes; padres de familia; que están hoy preguntándose: "¿Qué hacemos? ¿Adónde vamos? Y desde muchos púlpitos no se escuchan

otras canciones que las de la guerra social; y desde las revistas se nos administra un puzle de sincretismo religioso inexplicable; y el juzgar hirientemente, malamente, a nuestra jerarquía se va convirtiendo en el pan que muchos jóvenes religiosos y seminaristas —lo mismo que las "elites" intelectuales de los universitarios y obreros— (no me he equivocado: hay una élite intelectual obrerística que actúa en la Iglesia con cánones plenamente humanos y racionalistas, porque son "educados" por un sector de sacerdotes que no ha vivido nunca con el pueblo ni siente al pueblo-pueblo, sino a la forja pseudointelectual que ellos se han fabricado...) nos reparten; y las novedades más audaces en teología se nos dan como logros admitidos frente a "antiguallas" que por otra parte la Iglesia sigue confesando en el Credo; y parece como si esperase la formación de un hombre como si esperase la formación de un hombre nuevo carente de pecado original, al cual le estará permitido por una "formación" no sabemos de qué tipo humano (porque no se habla del poder de la gracia para ello) estar en el fuego sin quemarse... Y seguimos preguntando: "¿Qué hacemos? ¿En qué hay que cambiar?"

Dicen que es preciso hacer experiencias. Experiencias a base de la fe y el ser de nuestros hijos a los que brindamos para la santidad en la religión; a los que vimos irse ilusionados para aprender a amar a Dios y a los hombres, dándoles una "vida más abundante", y a los que vemos regresar a sus casas con el alma rota, llenos de amargura y fracaso, sin ilusión, sin fe... Experiencias a base de este pueblo infantil y doloroso, que necesita sus Vírgenes para llorar con Ellas como llora un chaval con su madre, necesita sus Cristos para saber que los ha matado, y darse de golpes, loco de dolor por ser hombre como Pablo gritando: "¿quién me arrancará de este cuerpo animal?"; que necesita la pedagogía de los signos, de la liturgia en la calle y en la fiesta soleada o nocturna... y a quien —por hacer experiencias— les quitan su entraña.

¿Y qué les dan?

Ha habido un buen amigo —de esos ecuanímenes a quienes invito a unir su seria voz para evitar la guerra— que me ha dicho respecto, por ejemplo, de la unión de algunos hermanos míos en oscuros asuntos laborales: "Esperan que cuando esto dé la vuelta, esos obreros amigos estarán con ellos", y "ahora dicen que el obrero ya está más cercano al sacerdote en España, gracias a esta actuación comprometida". Y yo pienso en voz alta, que esa simpatía laboral tal vez no es porque llevan al pueblo hacia Dios que es Sabiduría Contradictoria muchas veces, sino porque se han unido a sus gritos —justísimos muchas veces— pero no con un acento sobrenatural pleno...

Y repito: cuándo un grupo dolorido de la Iglesia no encuentra resonancia en muchos que la rigen, tal vez

no es porque éstos no presentan sus lágrimas; sino, posiblemente, porque no saben que son tantas y tan serias; y están esperando a que esas voces graves llamen a su puerta...

* * *

El resumen de esta lección ascética que oí en Roma hace pocos días es así:

Hay unas largas generaciones educadas en el respecto silencioso a la voz de sus superiores. Unas largas generaciones que siguen alzando sus ojos llenos de interrogación y su alma angustiada en espera de órdenes. A esa generación hay que decirle que la voluntad de Dios es que exprese su deseo —unido, humildemente unido, católicamente unido, sobrenaturalmente unido, y por ello firmísimamente unido— de unas órdenes caritativas pero claras; de una preponderancia de lo sobrenatural por encima de lo natural y racional; de un sentido trascendental de la vida por encima de este humanismo idólatra que nos invade; de una ausencia de crítica fácil e irónica sobre la jerarquía; de una entrega sincera a la caridad no demagógica sino cristiana... Las órdenes que se opongan al desconcierto de nuestro pueblo frente a inadmisibles libertades litúrgicas en las que la desacralización a base de originalidades dramáticas se impone...

Cuando esta voz comience a oírse; con la serenidad de los hombres llenos de virtud y de experiencia en el

sufrimiento y en el amor; cuando salgan todas unidas —no como un grito histérico sino como una plegaria hecha rumor de marea divina— las legítimas aspiraciones de esas almas religiosas; el peligro de la guerra habrá desaparecido, ya que posiblemente todos los extremistas que no estamos dispuestos a someternos a los otros extremistas, nos someteremos a la voz de Dios que llegará de arriba suavemente, cuando arriba hayan escuchado no los gritos cargados de pasión, sino una marea de amor y de paz del alma más profunda de la Iglesia.

Orar por esta intención es orar por la Iglesia:

"Por eso el que redimió a Abraham, Yavé, dice a la casa de Jacob:

Ahora no será confundido Jacob, ya no palidecerá su rostro.

Pues cuando vea a sus ojos la obra de mis [manos, en medio de El, santificará mi nombre y pregonará Santo al [Santo de Jacob.

Y temerán al Dios de Israel.

Y los de alma descarriada aprenderán la Sabiduría,

Y los murmuradores aprenderán la doctrina".

(Isaías 29, 22-24)

Director Nac. del A. de la O.

José R. Bidagor, S. J.

(Reproducido de "El Reino de Cristo")

EL CINE — LA RADIO — LA TELEVISIÓN

En nuestros días el problema del cine, de la radio y de la televisión preocupa no solo respecto a los jóvenes, que como se suele, o se solía decir, viven en el mundo, sino también para los mismos llamados al sacerdocio y a la vida religiosa a las que actualmente se han abierto tantas puertas.

Nadie, ciertamente, niega los valores positivos que tales instrumentos tienen para la formación de los candidatos al sacerdocio y para su preparación al futuro ministerio sacerdotal pero ninguno al mismo tiempo podrá negar que un uso indiscreto e inmoderado de los mismos atendida sobre todo la decadente calidad moral de muchas de sus producciones sean para el joven seminarista o religioso un peligro, no leve, no solo para su vocación, sino para su misma integridad moral.

**(Del Discurso del Cardenal Felici a los seminaristas.
"L'Osservatore Romano", 7-11-67).**

EL CONCILIO DE JERUSALEN

EN LA PRIMERA Y MAS GRAVE CRISIS DE LA IGLESIA DE CRISTO

II

La Celebración misma del Concilio

La crisis originada por el conflicto que provocaron algunos judío-cristianos, señaladamente antiguos fariseos, ya en los primeros años de la Iglesia, y cuyos antecedentes, comienzos y extrema gravedad esbozamos en un artículo anterior, tuvo dos fases perfectamente definidas, que fueron, por decirlo así, como dos ardientes explosiones que conturbaron a la Iglesia naciente, y la pusieron en gravísimo trance.

La primera fase, como ya vimos, había sido con ocasión de haber admitido San Pedro en la Iglesia, por expreso aviso divino, a los primeros gentiles, Cornelio el Centurión romano de Cesarea y su familia; y la había resuelto el mismo San Pedro, a su regreso a Jerusalén; y con ello habían quedado apaciguados los ánimos.

Pudiera haber parecido que después de esta tan firme y acertada intervención del Príncipe de los Apóstoles, quedaba ya solventado el conflicto que habían suscitado los judío-cristianos, y que la crisis había desaparecido para siempre. Mas no fue así. Es que las pasiones humanas, mayormente las que proceden del propio juicio aferrado a prejuicios inveterados, y más si se manifiestan veladas o encubiertas so capa de celo por la gloria de Dios, retoñan y se muestran pujantes y desbordadas con cualquier pretexto o motivo.

Los cristianos procedentes del judaísmo, y sobre todo los antiguos fariseos, ponían su patriotismo judío por encima de la fe cristiana, y en forma alguna renunciaban a su blasón favorito de los privilegios de Israel. Sus ideas de que los gentiles, si entraban en la Iglesia de Cristo, habían de someterse a la Ley de Moisés, y ser previamente israelitas, eran como carne y sangre de su vida. Y así fue que habían dejado pasar el bautismo de Cornelio y su familia en Cesarea, como una excepción milagrosa, no como una norma general de proceder; y manteniendo tenazmente sus erróneos criterios, seguían porfiando en que nadie podía entrar en el gremio del Cristianismo sino a condición de "judaizar", o sea de naturalizarse en la Ley judía.

Así las cosas, llegaron a Jerusalén noticias mucho más graves que la del bautismo de una familia de gentiles. Se contaba entre la comunidad cristiana procedente de Israel, y se comentaba con apasionado ardimiento, que nada menos que en Antioquía, la gran ciudad, la

reina del oriente, unos cristianos de encendido celo y de gran prestigio predicaban el Evangelio a los gentiles, y los admitían por el bautismo en la comunión de la Iglesia de Cristo, sin ningún requisito israelita. Se decía que aquellos hombres, transformando en regla general y normativa para lo sucesivo el caso de Cesarea, no imponían los ritos judaicos a los recién convertidos; no les obligaban a guardar la distinción grave y fundamental de los alimentos puros o impuros; dispensaban con ellos todas las prescripciones de la Ley mosaica, y entregaban la herencia de Israel a hijos que no querían a Israel por padre, y tan sólo se adherían por la fe, la gracia y los sacramentos de Cristo al que les era presentado como el único y verdadero Salvador de todos los pueblos; finalmente, que para hacer más ostensible su intento de estatuir una tradición nueva y romper con la vieja, ya abolida, se disimulaban con un nombre todavía no usado entre la comunidad de Jerusalén y de toda la Judea; se llamaban *¡cristianos!*

Entonces el escándalo, con toda propiedad escándalo "farisaico", llegó a su colmo. Con aquello no se podía transigir; los innovadores de Antioquía trastornaban todo el orden jerárquico de las relaciones entre los pueblos; daban al traste con el privilegio único y santo de Israel, y ponían al Pueblo de Dios en el increíble trance de confundirse con todas las turbas de gentiles que por el bautismo fuesen admitidos en la Iglesia de Cristo. Si aquella intolerable novedad prevalecía y pasaba a ser norma general, legítima y sin controversia, como norma establecida con autoridad por la Jerarquía de la Iglesia, los fieles del primer llamamiento, los del día de Pentecostés, los de los años subsiguientes, los que se tenían tanto más auténticos discípulos de Cristo cuanto más celosamente mantenían la tradición israelita y los usos mosaicos, se considerarían como defraudados y aun degradados.

Ante todo esto, el espíritu nacionalista de los judío-cristianos, espíritu de raza privilegiada, espíritu de religión divina intangible, saltó por encima de toda represión, rompió toda valla; y el amor propio y juicio propio, fundido en un exasperado amor y juicio nacionalista, se rebeló iracundo y desatentado contra la Escuela de Antioquía, contra la conducta de los que hacían aquello que consideraban como un desafuero. ¡Y eso que todo aque-

llo no era sino el fiel seguimiento de la regla de conducta practicada y establecida por el Vicario de Cristo, el primer Papa!

Y ¿qué hacen? Acuden presurosos unos cuantos celadores de la Ley a la capital de Siria para poner dique a aquellas novedades; y se dedican a persuadir a los nuevos convertidos que no se prometan la salvación, ni piensen agrandar a Dios, si con el bautismo no juntan la práctica de la Ley de Moisés.

Pero los emisarios de la comunidad judío-cristiana de Jerusalén, que por su propia cuenta y sin la necesaria aprobación de Pedro o de alguno de los Apóstoles, habían ido a Antioquía, se encontraron allí con una fuerza que no esperaban. Estaba allí Pablo, el principal autor de aquellas conversiones y de aquel proceder auténtica-

mente cristiano; y Pablo, el mayor genio de la Iglesia naciente, se mostró en toda su fuerza y en todo su poder.

Resultado: que la Iglesia de Antioquía envía a Pablo y a Bernabé a la ciudad santa para que den cuenta de todo a los Apóstoles, y lo sometan a su juicio y aprobación definitiva.

Esto fue lo que sucedió en lo que los historiadores han llamado el Concilio de Jerusalén.

Tres Sesiones, según nuestro actual modo de hablar, tuvo el Concilio; están distintamente señaladas en la narración del Libro de los "Hechos", y se sucedieron con muy cortos intervalos de tiempo. Las dos primeras fueron previas, y como preparatorias a la tercera, que fue la solemne, completa y definitiva; y también trascendental para toda la vida e Historia de la Iglesia.

1.^a Sesión, en Asamblea general

La constituye la Iglesia madre de Jerusalén; preside San Pedro con el Colegio Apostólico; están presentes San Pablo y San Bernabé; y toman parte en ella tres numerosos grupos de fieles cristianos: el primer grupo es de los judíos convertidos, pero fieles a los Apóstoles y firmes en su adhesión a Pedro; el segundo grupo es de judío-cristianos, los que habían ido a Antioquía, y sin misión de la Jerarquía, sino por sí y ante sí, y habían perturbado a los recién convertidos de la gentilidad; y el tercer grupo fue de esos mismos nuevos cristianos que enviados por la Iglesia de Antioquía, venían a Jerusalén para someter el grave asunto al Vicario de Jesucristo y a los Apóstoles.

Comienza la Asamblea dando cuenta Pablo y Bernabé de su apostolado entre los gentiles, y de los milagros que en confirmación de su predicación del Evangelio había ido obrando el poder de Dios. Esta misión había tenido lugar por todo el año 48 y hasta principios del 49.

La Iglesia de Jerusalén oye con vivísimo gozo el interesantísimo relato de Pablo y Bernabé. Se elevan fervientes acciones de gracias; y todos los verdaderos fieles, con la Jerarquía, aprueban sin restricciones el apostolado de Pablo y de su fiel y elocuente compañero Bernabé. Esto hace ver que los Jefes de la Iglesia y la auténtica comunidad cristiana no tienen que oponer nada a la doctrina y al proceder del Apóstol de los gentiles.

Pero no todo son aprobaciones y regocijo. El grupo de judío-cristianos, seguramente todos ellos, o en su mayor parte, antiguos fariseos, suscitan acaloradamente la cuestión, y se oponen con tenaz y resuelta decisión a Pablo; lo cual, de rechazo, era oponerse a Pedro y a la Iglesia Jerárquica entera. Los menos avanzados ponen en duda, por lo menos, la legitimidad del proceder de Pablo en la actitud de la conversión de los gentiles. Unos con más virulencia, otros con algo más mesurados razonamientos, plantean el problema en esta forma: ¿basta la fe en Jesucristo, con las obras que en esa fe están íntima y necesariamente comprendidas, para que los

gentiles convertidos puedan ser salvos; o es necesario obligar también a los que de la gentilidad han venido a la Religión e Iglesia de Cristo a someterse a la Ley de Moisés y a sus prescripciones, para que entren de verdad en el Reino de Dios?

Esto segundo defienden a porfía los que levantan más la voz por ser los más celosos observadores de la Ley de Moisés. Dicen que esta Ley es expresión cierta de la voluntad de Dios; y persuadidos de que dicha Ley es la única puerta para llegar al camino trazado por Jesucristo, y así adorar y servir a Dios y pertenecer a su Reino, exigen que los gentiles para ser admitidos en el Reino de la salvación, y participar de los bienes de Jesucristo, han de pasar por la Ley mosaica; y al recibir la fe y la gracia cristiana, también deben recibir juntamente los preceptos que por medio de Moisés había dado Dios a su Pueblo escogido, a Israel. Sin duda que algunos clamarían: no, la Ley de Dios no puede ser abolida. No acababan de entender que aquella Ley antigua, aun habiendo sido ciertamente de Dios, era tan sólo figura y preparación de la Ley nueva; y que, llegada la plena Luz, habían cesado las sombras; venida la Realidad plena, Cristo, habían desaparecido las figuras.

Todo esto era una reprobación audaz, clara y terminante del apostolado y de la obra de Pablo y Bernabé. Este ataque era contra la legitimidad de la misión de Pablo y Bernabé, y contra la rectitud de su obra; y en cosa importantísima, pues encerraba la cuestión capital de la Religión Cristiana, ya que se refería nada menos que al valor de los méritos de Jesucristo, a toda su doctrina y a toda su obra. Es fácil darnos cuenta de lo acalorado de aquellas discusiones, de la perturbación que produjeron, ante el peligro de un cisma interno que podría acabar con la unidad de la Iglesia naciente, un cisma en la doctrina y en la autoridad de la nueva Sociedad religiosa, sobrenatural y jerárquica que Cristo había instituido para todas las naciones y pueblos.

Y en medio de aquella confusión, los Apóstoles con

Pedro escuchaban serenamente, dejaban hablar, permitían que opiniones y tendencias tan graves se propusiesen y se defendiesen libremente. ¡Qué longaninimidad y qué paciencia! — Y ¿no es esto una prueba convincente de que el “diálogo” entre los miembros todos de la Iglesia, y la intervención de los laicos en los asuntos más graves de Ella, no son, como algunos equivocadamente piensan,

una conquista democrática de nuestra época, sino cosa usada y vivida desde sus orígenes?

Sin embargo, vieron los Apóstoles que en aquella tumultuosa Asamblea general no era donde se había de dilucidar reposada y profundamente la cuestión, ni allí se había de solventar de modo definitivo. Fue un proceder prudentísimo.

2.^a Sesión, en Reunión privada de los Apóstoles

Al narrar San Lucas en el capítulo 15 de los “Hechos” toda esta historia, no menos interesante que grave y trascendental, del llamado Concilio de Jerusalén, tan sólo insinúa, en el v. 6.^o, la celebración de esta Reunión privada; mas también alude a ella San Pablo en su Carta a los Gálatas. Es, pues, cosa cierta. Y, además, sumamente oportuna y necesaria.

Asistieron a la Reunión Pedro y los demás Apóstoles, con Pablo y Bernabé, y algunos de los más significados Presbíteros.

Tomaron, sin duda, en cuenta todo lo que en la Asamblea general se había dicho; oyeron más en particular los relatos de los dos Apóstoles de los gentiles; se informaron de su proceder, y les pidieron su opinión. Lo hicieron ellos con plenitud de datos y de argumentos. Se iba haciendo luz por instantes en aquellas mentes iluminadas por la fe, y en aquellos corazones encendidos por la caridad de Cristo. Allí se preparó con calma, con paz, con unánime parecer de todos, lo que se había de llevar a la Asamblea definitiva, el modo de las discusiones y la solución del conflicto.

Detengámonos admirados ante aquella augusta Reunión, en la que todo lo alentaba la inspiración del Espí-

ritu Santo, que es el que dirigía y movía a aquellos hombres que estaban adheridos por la más viva e íntegra fe, y por el más verdadero amor a Jesucristo; que estaban dedicados de por vida a la causa de Jesús para continuar su Obra; y que habían consagrado sus vidas al Evangelio de la gracia de Cristo.

Y ya se deja entender el íntimo gozo y las fervientes acciones de gracias de los Doce Apóstoles primeros, al ver que el paladín de aquella cuestión capital, el que mejor entendía y demostraba la verdad con que se había de enfocar y resolver, era precisamente el antiguo y terrible perseguidor de Cristo y de su Iglesia, aquel Saulo convertido en Pablo, el fidelísimo Discípulo de Jesús, el llamado por Él, y confirmado jerárquicamente por ellos para el apostolado de los gentiles. Y admirarían la providencia divina al haber dispuesto que fuese precisamente un judío, un antiguo fariseo, un celador ardentísimo de las paternas tradiciones, el que ahora se ponía al frente de la verdadera fe. ¡Qué argumento y a la vez qué ejemplo para los que siendo como él judíos, y habiendo sido como él fariseos, ahora le habían visto y le habían de ver siempre como el más poderoso adversario de las opiniones con que habían turbado la paz de la Iglesia!

PUREZA DE VIDA

El puro por excelencia es Cristo, luz de luz, luz que ilumina a todo hombre, esclareciendo las tinieblas del error y la malicia.

Es pura la Virgen Madre, que trae en su seno la luz, que da al mundo la luz, y es llena de gracia.

Es puro aquel sacerdote, que, invitado por Dios a llevar a sus hermanos la luz sobrenatural, recoge en sí mismo tanto de la luz divina, que puede irradiarla como faro de salvación *in caliginoso loco*.

PUREZA DEL CORAZÓN

Al seminarista es indispensable la pureza del corazón. La requiere su celibato: la exige su plena consagración al Sumo Sacerdote Jesús, al que debe servir con “corazón no dividido”. (Decret. C. V. II, *Presbyterorum Ordinis*, n.^o 16).

**(Del Discurso del Cardenal Felici a los seminaristas.
“L'Osservatore Romano”, 7-11-67).**

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE ESPIRITUALIDAD MODERNA

PARTE SEGUNDA

Los aún no formados

¡Gran problema! Hay que prepararlos a sumergirse en el mundo sin dejarse absorber por él; a vivir todas las tareas del mundo, interesándose por ellas, participando de las solicitudes, adelantos, retrocesos, estacionamientos, victorias, reveses, y en fin de toda la multitud de situaciones y vaivenes de los que están dedicados a la conquista, en mayor o menor escala, del mundo, ya para arrancarle el pan cotidiano con su modesto y corriente trabajo, ya para procurar dominarlo, penetrando sus secretos, deshaciendo sus misterios, descubriendo las leyes que lo rigen y aprovechando el tesoro inexhausto de sus energías para mejorar y perfeccionar, lo más posible, la vida de la humanidad: y todo esto, sin perder el señorío espiritual de sí mismos, antes al contrario permaneciendo dueños de sí, y llenos de espíritu, infundirlo en todo ese gran movimiento de trabajo y ascensión a una vida humana de mayor bienestar y perfección bajo todos los aspectos.

¿Cómo preparar a la juventud: clerical, religiosa, laical, para que sepa combinar, asimilar y vivir con verdad y salud espiritual estos dos elementos o extremos que parecen encontrados y en continua disensión y pugna?

Lo imprescindible y que hay que salvar a toda costa en el período de formación

No puede haber duda prudente: "El espíritu". Quien quiera cumplir sus deberes de cristiano y por tanto colaborar en cristiano y como "obrero" cristiano a la magna obra de trabajar en el mundo y sobre el mundo para la mayor utilidad y bienestar de los hombres en esta vida y en la otra, debe estar animado de "un espíritu de elevación sobre todo lo terreno", que por encima de toda actividad, le haga ver la finalidad suprema y definitiva

Así es. Pero yendo a la práctica y tendiendo a la realidad concreta del corazón humano, ese "espíritu de elevación sobre lo terreno" no podrá sostenerse a la larga si no está vivificado y animado por el "amor": amor a Dios, y a los hombres, sin excepción, por Dios. De modo que, en resumidas cuentas, el "amor de Dios" es la *ley primera y fundamental* que debe regir toda la actividad terrena de un cristiano digno de tal nombre. Y por tanto la primera ley cuyo cumplimiento se ha de inculcar al que se prepara para trabajar en el mundo y sobre

y por lo mismo para poder establecerse en aquella situación o estado de espíritu por cuya virtud, al entrar ya en acción, unidos a Dios y en trato y comunicación con Él, sepan ver a Dios en todas las cosas y a todas en Él, y por tanto, amar a Dios en todas las cosas y a todas en Dios, procurando llevarlas a Él: que es la aspiración e ideal apostólico más grande en esta vida?

Alentar a la juventud sin más a que se sumerja en el mundo y acumule experiencias para lo porvenir, parece temerario, pues es exponerla a graves peligros de seducción y extravío. Retraerla del todo y formarla en un ambiente cerrado no parece apta preparación, pues de un salto y sin la sabiduría práctica que da la experiencia, se lanza a la juventud en medio de las tempestades y luchas de la vida.

Pues bien, cuando una empresa es arriesgada y compleja, parece ley elemental de prudencia salvar ante todo y por encima de todo lo imprescindible y que a toda costa hay que salvar. Luego, a base de esto, y en función de lo que es necesario a toda costa, dosificar el empleo de lo demás.

de todo, que es el mismo Dios, al cual hay que llevar las almas o ayudarlas de algunas maneras a encontrarlo.

Quien esté penetrado de este espíritu, estará lo mejor preparado para trabajar en lo terreno conservando íntegro el señorío de sí mismo. Sin hacerse mundano, podrá trabajar con toda asiduidad y noble entusiasmo en las diversas actividades mundanas que tienden a mejorar y llevar este mundo a su máxima perfección.

La ley del amor

el mundo, según los planes de Dios. Ese tal ha de amar: a Dios ante todo "con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente", y a los demás hombres por Dios. Ese amor le ha de impulsar a procurar cuanto bien pueda, especialmente a los más necesitados, y en la mayor medida que pueda: individuos, ciudades, regiones, naciones, y en escala mundial, según las posibilidades de cada uno. Los hombres potentemente animados e impulsados por ese amor, son los grandes bienhechores de la humanidad; los que acometen con valentía y coraje las

empresas del mejoramiento humano, por difíciles que sean; en una palabra, los verdaderos y grandes cristianos, y por lo mismo los verdaderos y grandes apóstoles.

En esos hombres, como en un espejo, el joven se ha de mirar.

La ley del amor aplicada a sí mismo

Pero esta "ley del amor", la primera y principal, ha de saber el joven aplicársela a sí. El primer prójimo para sí es él. Y ha de saber aplicársela especialmente el joven, seminarista o religioso, que se prepara para el sacerdocio.

Todo joven, que se está preparando para el sacerdocio, debe *amar* el "nuevo y sublime ser o estado de sacerdote" que, por elección gratuita de Dios, será para él más tarde como una "sobrenaturalidad", y debe agradecer íntimamente los poderes divinos que sobre ella se le darán y con los que no parecerá sino como un "Vice-Dios" o un "Vice-Cristo" en este mundo: 1.º poder de perdonar los pecados, y así, en cierta manera, poder de disponer de la honra de Dios, mandando a Éste que haga amistades con su enemigo, el pecador que le ofendió gravemente; 2.º poder de sacrificar místicamente a Jesucristo y de convertir pan y vino en su cuerpo y sangre para alimento de los fieles, de modo que éstos puedan comer cada día "carne de Dios".

Todo esto es una inmensa dignidad, la llamada "dignidad sacerdotal". Pero más que dignidad es un conjunto de realidades sublimes: una "sobrenaturalidad" con poderes divinos para gloria de Dios y bien de las almas. No ya la posesión, sino la misma aspiración a impulsos de la vocación, ha de causarle humildad profunda y encender una hoguera ardiente de amor. Ese amor ha de sostener y alentar al joven que se prepara para el sacerdocio, y ha de ser como el principio de todo: luz, fuerza, calor. Ese amor le hará querer ser siempre aquello a que ha sido llamado por divina vocación: *sacerdote*. Y alejará de su mente pensamiento desorientadores: tentaciones de ser y parecer lo que ni es ni puede ser, o no debe ser.

Condiciones para que actúe ese amor

Así es en efecto. El amor de Dios con la conciencia íntima de la vocación sacerdotal, encenderá en el joven aspirante al sacerdocio deseos de llevar los hombres a Dios: meta final de sus aspiraciones sacerdotales.

Pero el amor de Dios puede encontrar impedimentos, que más o menos reduzcan y a veces casi anulen la eficacia apostólica. Quitar esos impedimentos, o por lo menos desvirtuar su fuerza de obstrucción, en la mayor medida posible, debe ser una tarea urgente e imprescindible en la preparación para el sacerdocio. La "ley del amor" requiere condiciones adecuadas para que actúe su fuerza. Esas condiciones tienen un denominador común: *la abnegación*. Es tan importante este punto y tan contrario a nuestras inclinaciones naturales, que es preciso que el Magisterio Eclesiástico nos lo enseñe.

Juan Guittou, con su gran autoridad, ha expuesto con acento emocionante algo muy relacionado con este punto en un artículo titulado *La tentación del sacerdote de mañana*. De él son estas trepidantes palabras, cargadas de verdad: "No puedo ocultar ciertos temores que siento al hablar con los sacerdotes jóvenes... tengo miedo de que estos sacerdotes de mañana, dentro de su noble deseo de asemejarse a nosotros, sus hermanos laicos, caigan en la tentación (para acercarse más a nosotros) de invadir nuestro terreno propio... Tengo miedo de que pierdan el tiempo, se fatiguen, se inquieten por querer hablar nuestro lenguaje especial, nuestro «argot». Por querer adoptar nuestros métodos, nuestras actitudes, nuestra vida trepidante, nuestras preocupaciones temporales, nuestras angustias de hombres comprometidos en las tareas políticas; en una palabra, nuestro estilo de vida laica moderna... temo que no aprecien bastante la dignidad de su estado; que sientan una especie de arrepentimiento inconsciente, por no haber escogido el camino más ancho... más solidario del apostolado laical... Y entonces, con profunda convicción y con la prolongada experiencia de mi vida, les digo desde aquí:

"Perderéis siempre, si intentáis igualarnos y guiarnos desde nuestro terreno laical.

"Ganaréis siempre, si os situáis con alegría, fuerza y sencillez radiante dentro de vuestro terreno, propio e inconfundible: *el sacerdocio*."

"Os pedimos ante todo y sobre todo que nos deis a Dios; especialmente por medio de esos poderes que sólo vosotros tenéis absolver y consagrar.

"Os pedimos que seáis los hombres de Dios" (6).

Pero antes de todo es preciso también recordar las palabras terminantes de Jesucristo: "*Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz cada día y sígame*" (7).

Por tanto "*quien quiere ir en pos de Cristo*", es decir, seguir los pasos de Cristo, no precisamente física sino espiritualmente, reproduciendo en sí de alguna manera la vida de Cristo o viviendo su vida, ese tal ha de procurar tres cosas:

1.ª "*Niéguese a sí mismo*", esto es, esté dispuesto con toda verdad a "*rechazar*" cuanto se oponga a seguir los pasos o la vida de Cristo. Su "Yo" ha de desaparecer en

(6) "La Croix des Pyrenees Orientales", 24 abril 1966.
(7) S. Luc. 9, 23. Cfr. S. Mat. 16, 24; S. Marc. 8, 34.

cuanto se oponga y para que no se oponga a seguir los pasos de Cristo.

2.^a “*Teme su cruz cada día*”. No sólo ha de “rechazar” sino positivamente ha de “abrazar” todo aquel conjunto de contrariedades, molestias, sufrimientos que le sobrevengan. Y esto *cada día*, como ocupación suya ordinaria. ¡Esa es su cruz!

3.^a “*Y sígame*”. “Rechazando” y “abrazando”. “Rechazando” cuanto se le atraviese; “abrazando” cuanto de crucificante le sobrevenga, de esa manera ha de seguir a Jesús: ha de seguir sus ideas y su doctrina; ha de seguir su voluntad y sus deseos; y en general, su “forma de vida”, sacrificada y consagrada toda al servicio y amor de los hombres: pobre, casta, obediente “hasta la muerte y muerte de cruz”.

Estas palabras de Cristo, que los tres sinópticos nos transmiten, son un programa de vencimiento propio, de renuncia de sí mismo, de *abnegación*. Ciertamente que por amor a Cristo, pues todo lo impulsa el deseo de seguirle. Pero de todas maneras es programa de *abnegación*, que cada uno de los que quieren ir en pos de Cristo, ha de procurar realizar con la mayor perfección posible.

Nada extraño que estas palabras también, tan claras y terminantes en sus líneas generales, hayan resonado potentemente, y no podía ser menos, en todo el ámbito de la Iglesia. Santos Padres, Doctores, escritores eclesiásticos y sobre todo el Magisterio de los Romanos Pontífices hasta nuestros días se ha hecho eco de ellas.

PÍO XI. — Con ocasión de una campaña contra los Ejercicios de S. Ignacio como de Ejercicios con un método que no conducía propiamente a la santidad o a una gran santidad, sino que se limitaba a cierta purificación de pecados y a hacer entablar una vida corriente de fervor, Pío XI con resolución pronuncia que los Ejercicios de S. Ignacio “llevan (*perducunt*) a las supremas cumbres de la oración y del amor divino por las seguras sendas de la *abnegación* y extirpación (*detractio*) de los malos hábitos”. Así habla en su Encíclica “*Mens nostra*” de 20 de diciembre de 1929 (8). Y unos meses antes, 28 de marzo, había escrito lo mismo al Cardenal Dubois, Arzobispo de París (9).

PÍO XII. — Con mayor universalidad hablará su inmediato sucesor. Pío XII en su Alocución “de Statu Religioso”, con solemnidad y fuerza impresionante, habla de un *patrimonio de la Iglesia*, inmutable a través de los tiempos: “Pero existe un patrimonio de la Iglesia que desde sus comienzos está indemne, que con el correr de los tiempos no varía...: su parte principal es la fe católica... Además, el fin del estado de perfección es parte del mismo patrimonio... *En este mismo patrimonio se contiene una verdad tan excelsa, tan principal como el que sea reputada por camino único para la perfección la abnegación de sí mismo por amor a Cristo. Eso los tiempos mudables de ninguna manera lo mudan*” (10).

Por tanto, según Pío XII, todo método espiritual, que quiere guiar a la perfección, debe mirar como *único* camino el de la *abnegación de sí mismo por amor a Cristo*. Esta doctrina se contiene en una Encíclica dirigida a toda la Iglesia, y se afirma claramente que es doctrina contenida en el patrimonio mismo de la Iglesia.

JUAN XXIII. — Si claro y tajante es el testimonio de Pío XII, casi está uno por decir que más lo es aún el de Juan XXIII, aunque en términos más breves y sencillos. Dice así en una Alocución a los Directores Espirituales de Seminarios: “...la adaptación moderna a las exigencias de los tiempos deberá resolverse en una asimilación más profunda a la persona de Jesús y de Jesús Crucificado. Es preciso enamorar a los seminaristas de la renuncia de la Cruz” (11).

PABLO VI. — Pablo VI se refiere a sus antecesores. Pero también expresa enérgicamente las mismas grandes verdades. En su Carta Apostólica “*Summi Dei Verbum*”, trata largamente de la formación del seminarista. Para ello describe la santidad de que ha de estar adornado el sacerdote, y prosigue: Por esta causa, de los sacerdotes “a veces se pedirá que, por causa de su sagrado ministerio, no sólo presten todas sus dotes más aventajadas, sino también que en ocasiones pospongan algunas necesidades naturales, en otras sobrelleven pesadumbres y vejaciones, a fin de hacer el oficio de Buen Pastor con ánimo fiel y generoso. Pues justo es que todo fiel ministro de Jesucristo pueda decir de sí mismo lo que S. Pablo decía de sí: “*Me hice con los débiles, débil, para ganar a los débiles; me he hecho todo a todos, para salvar a todos*” (12).

Este prestar a otros las mejores cualidades para su provecho y servicio; y estar siempre dispuesto a posponer a las conveniencias de otro las propias necesidades, y a sufrir pesadumbres y vejaciones: es un estado nada vulgar y muy seguro de *abnegación de sí mismo*. Y ese es el que recomienda generalmente a los que han de ser sacerdotes Pablo VI.

CONCILIO VATICANO II. — El Concilio Vaticano II, en una forma o en otra, habla de la *abnegación* propia del sacerdote. Recordemos unas palabras del Decreto sobre la formación sacerdotal de los seminaristas: “Con peculiar solicitud sean educados de tal manera en la obediencia sacerdotal, en una forma de vida pobre, y en un *espíritu de propia abnegación* que... se acostumbren a *hacerse semejantes a Cristo crucificado*” (13). Esta última expresión tan gráfica parece un eco o repetición de la de Juan XXIII.

artículo suyo titulado “Magisterio espiritual de Pío XII” (“*Hechos y Dichos*”, agosto-sept. 1947, pág. 468) cita estas palabras dirigidas a los alumnos del Colegio Germánico (12 oct. 1941): “No olvidéis que la *única* (*das einzige*) señal segura de una espiritualidad es la renuncia a sí mismo, el vencimiento propio. Ningún maestro de la vida espiritual lo ha inculcado tanto como el fundador de vuestro Colegio (S. Ignacio) en los Ejercicios”.

(11) 9 de sept. 1962 (A. A. S., vol. 54, 1962, pág. 676).

(12) I Cor. 9, 22 (En griego es: “... para salvar del todo a algunos”). A. A. S., vol. 55, 1963, pág. 992.

(13) BAC, “*Optatam totius*”; n. 9, 1965, pág. 464.

(8) A. A. S., vol. 21, 1929, págs. 704-705.

(9) AR., 1929, pág. 170.

(10) A. A. S., vol. 43, 1951, pág. 34. El R. P. I. Iparraguirre en un

Consecuencia importante

Cuando un alma arde en amor de Dios y del prójimo por Dios, y con la abnegación quita los obstáculos a ese amor para que pueda actuar y manifestarse, esa alma entra fácilmente en el *trato íntimo y familiar* con Dios por la vía regia de un grande amor, y amor iluminado que no enturbian ni oscurecen las nieblas del amor propio.

Esa luz le hace *ver a Dios en las criaturas*: como obras de Dios para gloria suya y bien de ellas; como habitación de Dios ocupada siempre por Él; como templo de Dios en que quiere ser adorado; como imágenes de Dios, causa ejemplar suya.

Esa luz le hace *ver las criaturas en Dios*: en la mente de Dios, es decir, en el ideal y plan de Dios; en la voluntad de Dios que las quiere según ese ideal y plan; en la providencia de Dios, que las conserva, rige, y ordena mediante sus dones y gracias para gloria suya y bien de ellas.

Y viéndolas las ama. *Las ama en sí, como obra e imagen de Dios*. Las ama en Dios, amándolas conforme al plan e ideal de Dios, conforme a su santísima voluntad y a su providencia perfectísima.

“Amar a Dios en las criaturas, y amar las criaturas en Dios”, y por consiguiente “ver a Dios en las criaturas, y las criaturas en Dios”, es el consejo que daba instantemente a los operarios de la Compañía de Jesús aquel místico extraordinario y extraordinario también hombre de acción: *S. Ignacio de Loyola*. Es que “viendo y amando” de esta manera, se entra en la intimidad de trato con Dios. Y esa intimidad de trato con Dios es la forma de vida que es sumamente conveniente al apóstol tener y fomentar, y por consiguiente y de una manera muy especial, al sacerdote. Bella y profundamente habla así el Concilio Vaticano II de la formación espiritual de los seminaristas: “La formación espiritual... dése de manera

que los alumnos aprendan a vivir en familiar y asidua compañía (*societate*) con el Padre, por Jesucristo su Hijo, en el Espíritu Santo. Puesto que han de configurarse por la sagrada ordenación a Cristo sacerdote, acostúmbrense a unirse con Él, como amigos, en íntima comunicación también de toda la vida” (14).

Del trato íntimo y familiar con Dios, a impulsos del amor, nace el deseo ardiente e incontenible de llevar las almas a Dios ganándolas para Cristo. El “*caritas Christi urget nos*” es el latido continuo del corazón del apóstol. Nace también muy especialmente el vigor y fortaleza de espíritu, tan necesaria para el apostolado. Mirándose uno a sí mismo, la vida sacerdotal y en general la vida de apostolado, espanta. Las dificultades de todo género son innumerables. Y además la obra que hay que realizar es “obra de Dios”, que no puede el hombre llevar al cabo con sus propias fuerzas. Pero el amor a Jesús, sostenido y fomentado por el trato familiar con Él, lo puede todo y hace omnipotente al apóstol. Nadie como el que ama a Jesús y trata con Él y se apoya en Él, puede exclamar lo del Apóstol: “Todo lo puedo en aquel que me conforta” (Phil. 4, 15). La fuerza de Jesús ha de ser la fuerza del apóstol, y en particular del sacerdote. Y el trato íntimo con Jesús la ocasión más propicia para implorarla y alcanzarla.

Con palabra emocionada dice el Sagrado Concilio: “Tengan presente los Presbíteros que nunca están solos en su actuación, sino apoyados en la omnipotente fuerza de Dios; y creyendo en Cristo, que los llamó a participar de su sacerdocio, conságrense con toda confianza a su ministerio, sabiendo que Dios es poderoso para aumentar en ellos la caridad” (15). Con admirable sabiduría el Concilio sólo señala el “aumento de caridad”. Porque la caridad es más fuerte que la muerte, diviniza las fuerzas del sacerdote y lo hace omnipotente.

Algunos rasgos más particulares

Hasta aquí hemos hablado en general de la abnegación. Pero la noción de *abnegación*, sin más, es muy general, y en ella caben muy variados grados y matices. Por de pronto se puede considerar como acto o como disposición engendrada por los actos.

En un sentido muy amplio puede llamarse *abnegación* el “dejar uno libremente algo menos perfecto, aunque plenamente legítimo, para alcanzar o practicar otra cosa más perfecta”, ya se trate sólo de actos particulares, ya de una forma de vida menos perfecta, aunque legítima.

Más estrictamente, aunque también de una manera general, *abnegación*, tomada en el sentido de disposición, es “una disposición de la voluntad por la que ésta tiende a *negar*, es decir, a impedir o contrariar toda actividad consciente y deliberada, opuesta o por lo menos no bien ordenada a la gloria de Dios”. Por ella el hombre pro-

clama prácticamente que él no es el centro y fin último de sus actos, sino que es Dios.

Tomada en este sentido ya se ve cuánta variedad de matices y de grados de perfección incluye la llamada abnegación. La cumbre de ellos parece ser lo que Juan XXIII y el Concilio Vaticano II llaman “asimilación o semejanza con Jesús Crucificado”. Y Juan XXIII expresamente dice que tal asimilación es precisamente la adaptación moderna a las exigencias de los tiempos. Esas palabras de Juan XXIII y las del Vaticano II parecen significar un misterio profundo. En un mundo tan extraviado y caído, todo el que quiere de veras ser apóstol, y sobre todo el “hombre de Dios”, el sacerdote, debe aspirar a imitar o asociarse más y más a Cristo en el

(14) “*Optatum totius*”, n. 8, BAC, 1965, pág. 462.

(15) “*Presbyterorum Ordinis*”, n. 22, BAC, 1965, pág. 452.

oficio de *Redentor*, propiamente tal. Ahora bien, la cumbre del acto *Redentor* estuvo en aquel agonizar Cristo en la Cruz, desangrado, atormentado, hecho el oprobio de su pueblo: “un público ajusticiado” (16). Cuando predicaba, entonces principalmente ejercitaba el oficio de Doctor o Maestro. ¡Cuántos ahora quieren imitarle en la función de Maestro, aun de aquellos a quienes corresponde más bien ser enseñados! ¡Cuán pocos en la función de Redentor! ¡Cuán ejercicio de otras actividades! ¡Cuán poco ejercicio de Pasión!

Tres rasgos podemos señalar en particular de la abnegación por amor a Cristo: para con Dios, la *docilidad*; para con los Superiores, la *disponibilidad*; para con Superiores, iguales e inferiores, la *caridad*.

1. *Docilidad*. — Cuando hay amor y abnegación, hay también *docilidad* a las inspiraciones del Espíritu Santo. La niebla del amor propio desordenado no tiene entrada en el *entendimiento* que recibe entonces sin estorbos la luz pura y “bienaventurada” del Espíritu Santo. *La voluntad y el corazón* no están desasosegados y calenturientos con fiebres de afectos y deseos desordenados, y en ellos con particular agrado “el Espíritu mismo interviene con gemidos inefables” (Rom. 8, 26).

2. *Disponibilidad*. — Deseamos insistir en la misma idea. Cuando el amor de Dios invade un alma, allanados los obstáculos por la abnegación de sí, esa alma se pone a disposición de los Superiores. No se lo impide el “amor propio desordenado” o el “egoísmo”, pues lo *niega* por la abnegación. Y por tanto no se lo impide tampoco un celo ardiente por las almas, a ejemplo de Jesús que, con celo infinito de las almas, fue obediente a su Padre Celestial hasta la muerte. Porque, cuando el alma está purificada de “egoísmo”, ve que el procedimiento ordenado y normal, querido por Dios, en todo asunto de interés y resonancia social, es que los inferiores se sometan a los Superiores; y así por amor de Dios se pone a disposición de ellos.

De esta disponibilidad, cuya manifestación más obvia y segura es la *obediencia*, habla en diversas ocasiones el Magisterio Eclesiástico. El Vaticano II dice sobre la formación de los seminaristas: “...con peculiar solicitud se

eduquen en la *obediencia sacerdotal*, en un tenor de vida pobre, y en un *espíritu de abnegación propia*” (17). La obediencia sacerdotal se presenta estrechamente unida con el espíritu de abnegación. Sin este espíritu, la obediencia apenas puede realizarse. Al tratar de los sacerdotes recalca con fuerza la virtud de la obediencia que presenta unida a la humildad, forma exquisita de abnegación que los asemeja a Cristo, el cual se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo, hecho obediente hasta la muerte (Phil. 2, 7-9) (18). Esta fue la suprema abnegación; una negación que llegó al anonadamiento.

De Pablo VI hemos referido antes, al tratar en general de la abnegación, una como descripción de la santidad del sacerdote. La santidad se describe como una *disponibilidad* del sacerdote: lo cual es grande abnegación. Nada más se señala en particular. Pero parece claro que esa disponibilidad es ciertamente en servicio de los fieles o más bien de todos, aunque según las direcciones o mandatos de los Superiores, nunca en contra de ellos.

3. *Caridad para con todos*. — Este es el rasgo más cierto y el que avalan continuos textos del Concilio Vaticano II y de Pablo VI, que no es preciso recordar. Y es evidente. Pues el amor o caridad para con Dios, cuando nada se le opone, se expansiona y ejercita en amor y caridad con el prójimo, de tal manera que ya no se las distingue y las dos son una e idéntica realidad, ejercida sobre materia distinta. Y así el Apóstol de la caridad, S. Juan, en su 1.ª Carta habla indistintamente de una y de otra; de una pasa a la otra; y mutuamente una es razón de la otra. Ya se ve, pues, que en el sacerdote, ejercitado en la abnegación de sí, el amor de Dios se volcará impetuoso en servicio del prójimo, procurando con grandeza y magnanimidad de espíritu hacerle todo bien, y sobre todo el bien, sobre todo bien de hallar a Dios y centrarse totalmente en el corazón de Dios.

El acto cumbre de la caridad sacerdotal lo recuerda el Concilio con estas palabras: “Rigiendo y apacientando al Pueblo de Dios (los sacerdotes) son impulsados por la caridad de Buen Pastor a dar su vida por sus ovejas, preparados también para el sacrificio supremo, siguiendo el ejemplo de sacerdotes que, aun en nuestro tiempo, no rehusaron entregar su vida (19).

Algunos consejos prácticos

Antes de concluir, permítasenos añadir unos pocos consejos prácticos. Los jóvenes: seminaristas, religiosos, y en su medida los seglares, que se preparan para el trabajo apostólico, conviene que mediten los grandes ideales y la sublimidad del apostolado. Pero la prudencia aconseja que mediten también los medios para prepararse con verdad y seguridad. Entre otros consejos prácticos, es conveniente no olvidarse de estos:

1. La estima mayor ha de ser siempre por el espíritu

o por la vida interior y el trato, íntimo y familiar, con Dios. N. S. El espíritu es el que ha de dominar y regir siempre la materia.

2. No se comience con alguna seriedad el trato apostólico con los prójimos, antes de haberse iniciado el joven, futuro apóstol, en la vida interior: es decir, en la estima y práctica de ella bajo la dirección de un experimentado Director espiritual. En ella se incluye también el fomen-

(16) Cfr. “Mystici Corporis”, A. A. S., vol. 35, 1943, pág. 204 ss.

(17) “Optatam totius”, n. 9, BAC., 1965, pág. 464.

(18) “Presbyterorum Ordinis”, n. 15, BAC., 1965, pág. 438.

(19) “Presbyterorum Ordinis”, n. 13, BAC., 1965, pág. 433.

tar los deseos de trabajar a su tiempo con los prójimos, y por tanto de prepararse bien para el apostolado con virtud y serio estudio.

3. Cuando un joven, sea por sus cualidades naturales, sea por un grande ardor de trabajar con los prójimos, se siente tan inclinado al apostolado que éste puede en cierta manera considerarse como una acción o forma de vida *gustosa* para él, entonces debe proceder como se procede en las acciones que son a la vez gustosas y necesarias. En esta clase de acciones, para acertar con el justo medio, se aconseja que "cuanto uno se quite más de lo conveniente, mejor". Porque, como se trata de una acción gustosa, es más fácil después ir concediendo que quitando. En cambio, si uno desde el principio se entrega

con todo afán y cuanto más puede a la acción gustosa, es muy difícil volver atrás. Esta regla de oro, dada por S. Ignacio, conviene a todos; y quizá más a quienes ya están en medio del gran trabajo apostólico que a los que se preparan.

4. En fin, en una forma o en otra, es preciso de todo punto "hacer oración". En ella se alcanza *la verdadera visión del mundo*, y se aprende a distinguir lo sustancial de lo accidental. Y junto con la oración, como preparación y fruto de ella, es también preciso "entrenarse en el vencimiento propio", para saber ser *sacerdote*, y a ejemplo del Sumo Sacerdote, Cristo, entregarse de veras al servicio del prójimo, sin volver atrás ni arredrarse ante el sacrificio.

CONCLUSION

Como habrá podido ver el lector, no hemos pretendido ni definir ni describir la "espiritualidad moderna": ¡empresa en verdad difícil! Nuestro intento ha sido mucho más modesto y reducido. Sólo hemos deseado contribuir a resolver, indicando algún elemento de solución, una dificultad obvia y a primera vista desconcertante, que presenta la "espiritualidad moderna". Hemos procurado hacer ver que ciertos elementos, incluidos en esa espiritualidad, no son propiamente elementos antitéticos o contradictorios. Pueden combinarse. Pero son elementos: 1.º de muy desigual valor, algo así como "materia y espíritu"; 2.º y además están siempre como en equilibrio inestable.

En cuanto a lo 1.º, el elemento principal es en resumidas cuentas *el trato frecuente y familiar con Dios*, en una forma o en otra, según los impulsos y atractivos de la gracia.

En cuanto a lo 2.º, la estabilidad relativa la ha de dar ese mismo trato frecuente y familiar con Dios, en el que se encontrarán fuerzas para ir reprimiendo con *la abnegación* las inclinaciones desordenadas de nuestro amor propio o "egoísmo": tarea de toda la vida, y de cada día y momento. Nuestras fuerzas naturales no llegan. Pero el amor de Dios es omnipotente, y de la flaqueza misma saca el poder, y del miedo fortaleza, y de un ánimo mezquino y encogido un ánimo valiente y emprendedor, que con el Apóstol exclama: "¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Tribulación?, ¿angustia?, ¿persecución?... Mas en todas estas cosas soberanamente vencemos por obra de aquel que nos amó. Porque seguro estoy que ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados..., ni otra alguna criatura podrá apartarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, el Señor Nuestro" (Rom. 8, 36-38).

FRANCISCO SEGARRA, S. I.

PUREZA DE INTELIGENCIA

La pureza de vida requiere una pureza de inteligencia, o sea una disposición sincera de la mente y un estudio atento y humilde en la búsqueda y en la conquista de la verdad.

El desorden moral tiene con frecuencia su raíz en el desorden y en la confusión intelectual.

Lo mismo ocurre con la fe, con la obediencia, con la castidad, con las otras virtudes.

Y ¿no penséis que deban atribuirse a tales desórdenes y confusiones la crisis, que pesa tanto, hoy, sobre la Iglesia, o mejor dicho, sobre algunos hombres de Iglesia, sin exclusión de aquellos que deberían ser maestros de Israel?

*(Del Discurso del Cardenal Felici a los seminaristas.
"L'Osservatore Romano", 7-11-67).*

EN EL AÑO DE LA FE

PASTORAL DEL ARZOBISPO DE BARCELONA

(Continuación)

13. — Presencia visible de Cristo en la persona del Papa

La Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo (cf. Col. 1, 24), del cual Él es la Cabeza real e invisible (cf. Vat. II, LG. 7). Ahora bien, como todos sabemos, la cabeza visible de este Cuerpo es el Papa. Porque “el Romano Pontífice es sucesor del bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, y verdadero Vicario de Jesucristo y cabeza de toda la Iglesia y padre y maestro de todos los cristianos” (Vat. I, PAe. 3). Por lo que “el Romano Pontífice —como afirma el Concilio Vaticano II— tiene sobre la Iglesia, en virtud de su cargo, es decir, como Vicario de Cristo y pastor de toda la Iglesia, plena, suprema y universal potestad, que puede siempre ejercer libremente” (Vat. II, LG. 22).

14. — Presencia visible de Cristo en la persona del Obispo

Cristo está visiblemente presente entre nosotros en la persona del propio Obispo. Lo enseña con claridad el Concilio Vaticano II: “En la persona de los obispos, a quienes asisten los presbíteros, el Señor Jesucristo, Pontífice supremo, está presente en medio de los fieles” (Vat. II, LG. 21). Y en otro lugar: “Los obispos, de modo visible y eminente, hacen las veces del mismo Cristo, Maestro, Pastor y Pontífice, y actúan en lugar suyo” (Vat. II, LG. 21).

Jesús, “el Hijo de Dios vivo” (Mt. 16, 16), a quien le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra (cf. Mt. 28, 18), dijo a los Apóstoles: “Como me envió mi Padre, así os envío yo” (Jn. 20, 21). “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado se salvará, mas el que no creyere se condenará (Mc. 16, 15-16).

Ahora bien, “los obispos han sucedido por institución divina a los Apóstoles como pastores de la Iglesia, y quien a ellos escucha a Cristo escucha, y quien los desprecia, a Cristo desprecia y al que lo envió (cf. Lc. 10, 16)” (Vat. II, LG. 20). Por ello, “los obispos rigen las iglesias particulares que les han sido encomendadas, como vicarios y legados de Cristo” (Vat. II, LG. 27).

Debemos decir, pues, con Pío XII que así como, con relación a la Iglesia universal, Cristo “gobierna a su Iglesia visiblemente por aquél que en la tierra representa su persona”, hasta el punto de que “Cristo y su

Vicario constituyen una sola cabeza”, por lo que “se hallan en un peligroso error aquellos que piensan poder abrazar a Cristo Cabeza de la Iglesia, sin adherirse fielmente a su Vicario en la tierra” (Pío XII, *Mystici Corporis*, I, 2); así, con relación a las iglesias particulares y salva siempre la suprema y universal autoridad del Romano Pontífice, Cristo las gobierna por medio del Obispo, con quien constituye una sola cabeza, de modo que no puede considerarse unido a Cristo, quien no se halle unido a su Vicario en la diócesis (cf. *Íd.*, *Íd.*; y Vat. II, LG. 27).

Y así como “el Romano Pontífice, como sucesor de Pedro, es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad tanto de los obispos como de la multitud de los fieles” (Vat. II, LG. 23); así también “los obispos son, individualmente, el principio y fundamento visible de unidad en sus iglesias particulares, formadas a imagen de la Iglesia universal, en las cuales y a base de las cuales se constituye la Iglesia Católica y única” (*Íd.*, *Íd.*). Y añade el Concilio: “Por eso, cada Obispo representa a su iglesia, y todos juntos con el Papa representan a toda la Iglesia en el vínculo de la paz, del amor y de la unidad” (*Íd.*, *Íd.*).

15. — Presencia de Cristo en los sacerdotes, «cooperadores del orden episcopal» (Vat. II, LG. 28)

Los sacerdotes, segregados por el Espíritu Santo para la obra redentora (cf. Hch. 13, 2), son enviados de Dios (cf. Jn. 4, 34; 5, 30; 6, 38) y ministros de Cristo, de cuyo sacerdocio participan (cf. Hb. 5, 11 ss.).

Porque, “consagrados de manera nueva a Dios por la recepción del orden, se convierten en instrumentos vivos de Cristo, Sacerdote eterno, para proseguir en el tiempo la obra admirable del que, con celeste eficacia, reintegró a todo el género humano” (Vat. II, PO. 12). De ahí que “todo sacerdote, a su modo, represente la persona del mismo Cristo” (Vat. II, PO. 12).

Pero hay que tener en cuenta, según aclara el Concilio Vaticano II, que “el ministerio sacerdotal, por el hecho de ser ministerio de la Iglesia misma, sólo puede cumplirse en comunión jerárquica con todo el Cuerpo. Así la caridad pastoral apremia a los presbíteros a que, obrando en esta comunión, consagren por la obediencia su propia voluntad al servicio de Dios y de sus hermanos, aceptando y ejecutando con espíritu de fe lo que se

manda o relaciona por parte del Sumo Pontífice y del propio Obispo, lo mismo que por otros Superiores" (Vat. II, PO. 15).

"Así, pues, la caridad pastoral pide que, para no correr en vano (cf. Ga. 2, 2), trabajen siempre los presbíteros en vínculos de comunión con los obispos y con los otros hermanos en el sacerdocio. Obrando de esta manera, los presbíteros haallrán la unidad de su propia vida en la unidad misma de la misión de la Iglesia, y así se unirán con su Señor, y, por Él, con el Padre, en el Espíritu Santo, para que puedan llenarse de consolación y sobreabundar de gozo (cf. 2 Co. 7, 4)" (Vat. II, PO. 14). Y es que "Cristo obra por sus ministros y, por tanto, Él permanece siempre principio y fuente de la unidad de vida en ellos" (Vat. II, Po. 14).

Es más, "Los presbíteros, que ejercen el oficio de Cristo, Cabeza y Pastor, según su parte de autoridad, reúnen, en nombre del Obispo, la familia de Dios, con una fraternidad de un solo ánimo, y por Cristo, en el Espíritu, la conducen a Dios Padre (Vat. II, PO. 6). Y "en cada una de las congregaciones de fieles representan al Obispo, con el que están confiada y animosamente unidos, y toman sobre sí una parte de la carga y solicitud pastoral, y la ejercen con el diario trabajo. Ellos, bajo la autoridad del Obispo, santifican y rigen la posesión de la grey del Señor a ellos encomendada, hacen visible en cada lugar a la Iglesia universal y prestan eficaz ayuda en la edificación de todo el Cuerpo de Cristo (cf. Ef. 4, 12)" (Vat. II, LG. 28).

Por lo cual, "en la construcción de la comunidad de los cristianos, los presbíteros no están nunca al servicio de una ideología o facción humana, sino que, como heraldos del Evangelio y pastores de la Iglesia trabajan por lograr el espiritual incremento del Cuerpo de Cristo" (Vat. II, PO. 6). Digamos, por último, que "todos los sacerdotes, tanto diocesanos como religiosos, están adscritos al cuerpo episcopal y sirven al bien de toda la Iglesia según la vocación y la gracia de cada uno" (Vat. II, LG. 28).

16.—Presencia de Cristo en la acción litúrgica y, en especial, en el sacramento de la Eucaristía

Cristo es el Redentor del mundo. Y su obra de salvación es continuada por la Iglesia. Ahora bien, "para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente a su Iglesia sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la Cruz", sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos" (Vat. II, SC. 7).

Digamos con Paulo VI que "los sacramentos son acciones de Cristo, el cual los administra por medio de los hombres. Y por virtud de Cristo al tocar los cuerpos infunden la gracia en el alma. Estas varias maneras de presencia llenan el espíritu de estupor y ofrecen a la contemplación el misterio de la Iglesia. Pero es muy otro el modo, verdaderamente sublime, con el cual Cristo está presente a su Iglesia en el sacramento de la Eucaristía, que por eso es entre los demás sacramentos "el más suave por la devoción, el más bello por la inteligencia, el más santo por el contenido" (Egidio Romano); ya que contiene al mismo Cristo y es "como la perfección de la vida espiritual y el fin de todos los sacramentos" (S. Tomás, St., III, 73 3c). Tal presencia se llama "real" no por exclusión, como si las otras fueran "reales", sino por antonomasia ya que es substancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro (cf. Trid. Descr. de Euch. 3)" (Paulo VI, *Mysterium Fidei*, tit. 4).

Apoyado en esta fe de la Iglesia, el concilio de Trento "abierta y simplemente afirma que en el benéfico sacramento de la santa Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino, se contiene bajo la apariencia de estas cosas sensibles, verdadera, real y substancialmente Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre". Por tanto, nuestro Salvador está presente según su humanidad, no sólo a la derecha del Padre, según el modo natural de existir, sino al mismo tiempo también en el sacramento de la Eucaristía "con un modo de existir que aunque apenas podemos expresar con las palabras, podemos sin embargo alcanzar con la razón ilustrada por la fe y debemos creer firmísimamente que es posible para Dios (Trid. Decr. de Euch. c 1)" (Paulo VI, *Mysterium Fidei* 4).

De hecho, la Iglesia ha adorado la Eucaristía en todas las edades con culto latréutico, el cual es debido a solo Dios. Asimismo, "la Iglesia Católica profesa este culto latréutico que se debe al Sacramento Eucarístico no sólo durante la Misa, sino también fuera de su celebración, conservando con la mayor diligencia las Hostias consagradas, presentándolas a la solemne veneración de los fieles cristianos, llevándolas en procesión con alegría de la multitud del pueblo" (Paulo VI, *Mysterium Fidei*, tit. 6).

"Todavía más. San Cirilo de Alejandría rechaza como locura la opinión de aquellos que sostienen que la Eucaristía no sirve nada para la santificación si queda algún residuo de ella para el día siguiente. «Pues ni se altera Cristo —dice—, ni se muda su sagrado Cuerpo, sino que persevera siempre en él la fuerza, la potencia y la gracia vivificante» (Ep. ad Cal.; PG. 76, 1075)" (Paulo VI, *Mysterium Fidei*, tit. 6).

Por todo lo cual, concluiremos con el Santo Padre, "diariamente, como es de desear, los fieles en gran número participen activamente en el sacrificio de la Misa, se alimenten con corazón puro y santo de la sagrada Comunión, y den gracias a Cristo Nuestro Señor por tan gran don. Recuerden estas palabras: "El deseo de

Jesús y de la Iglesia de que todos los fieles se acerquen diariamente al sagrado banquete, consiste sobre todo en esto: que los fieles, unidos a Dios por virtud del sacramento, saquen de él fuerza para dominar la sensualidad, para purificarse de las leves culpas cotidianas y para evitar los pecados graves, a los que está sujeta la humana fragilidad" (Decr. Congr. Conc. 20 dic. 1905). Además, durante el día, los fieles no omiten el hacer la visita al Santísimo Sacramento, que debe estar reservado en un sitio dignísimo con el máximo honor en las iglesias, conforme a las leyes litúrgicas, puesto que la visita es prueba de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo Nuestro Señor allí presente" (Paulo VI, *Mysterium Fidei*, tit. 7).

17.—Presencia de Cristo en medio de los congregados en su nombre (cf. Mt. 18, 20)

Entre las distintas formas de estar Cristo presente en su Iglesia no podemos dejar de mencionar la que se deduce de aquellas conocidas palabras del divino Redentor: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt. 18, 20). En virtud de estas palabras, Cristo "está presente cuando la Iglesia suplica y canta salmos" (Vat. II, SC. 7), está presente en toda agrupación de apostolado aprobada por la Iglesia (cf. Vat. II, AA. 18), está presente en toda institución religiosa (cf. Vat. II, PC. 15).

A este propósito, debemos afirmar con el Concilio Vaticano II que "los consejos evangélicos de castidad consagrada a Dios, de pobreza y de obediencia, como fundados en las palabras y ejemplos del Señor, y recomendados por los Apóstoles y Padres, así como por los doctores y pastores de la Iglesia, son un don divino que la Iglesia recibió de su Señor y que con su gracia conserva siempre" (Vat. II, LG. 43). "Por consiguiente, el estado constituido por la profesión de los consejos evangélicos, aunque no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece, sin embargo, de manera indiscutible, a su vida y santidad" (Vat. II, LG. 44).

Por otra parte, "nadie piense que los religiosos, por su consagración, se hacen extraños a los hombres o inútiles para la sociedad terrena. Porque, si bien en algunos casos no sirven directamente a sus contemporáneos, los tienen, sin embargo, presentes de manera más íntima en las entrañas de Cristo y cooperan espiritualmente con ellos, para que la edificación de la ciudad terrena se funde siempre en el Señor y se ordene a Él, no sea que trabajen en vano quienes la edifican" (Vat. II, LG. 46).

Bien podemos decir que "por la caridad de Dios que el Espíritu Santo ha derramado en los corazones (cf. Rm. 5, 5), la comunidad religiosa, congregada, como verdadera familia, en el nombre del Señor, goza de su presencia (cf. Mt. 18, 20)" (Vat. II, PC. 15). Por lo cual "los religiosos cuiden con atenta solicitud de que, por su medio, la Iglesia muestre de hecho mejor cada día ante fieles e infieles a Cristo, ya entregado a la contemplación

del monte, ya anunciando el reino de Dios a las multitudes, o curando a los enfermos y pacientes y convirtiendo a los pecadores al buen camino, o bendiciendo a los niños y haciendo bien a todos, siempre, sin embargo, obediente a la voluntad del Padre que lo envió" (Vat. II, LG. 46).

18.—Presencia de Cristo en cada uno de los cristianos

Cristo está presente y actúa por cada uno de los cristianos, quienes, "incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde" (Vat. II, LG. 31).

Por eso, cada cristiano debe manifestar a Cristo ante los demás, siendo fiel a su propia vocación. Ahora bien, "a los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad. Por tanto, de manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que sin cesar se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor" (Vat. II, LG. 31).

Por otra parte, todos los cristianos debemos tener en cuenta que no carecemos de responsabilidad en cuanto a nuestra reciente manifestación de Dios ante el mundo que no cree. "Porque —como dice el Concilio Vaticano II— el ateísmo, considerado en su total integridad, no es un fenómeno originario, sino un fenómeno derivado de varias causas, entre las que se debe contar también la reacción crítica contra las religiones, y, ciertamente en algunas zonas del mundo, sobre todo contra la religión cristiana. Por lo cual, en esta génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión" (Vat. II, Get. S. 19).

Por el contrario, "el remedio del ateísmo hay que buscarlo en la exposición adecuada de la doctrina y en la integridad de vida de la Iglesia y de sus miembros. A la Iglesia toca hacer presentes y como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado con la continua renovación

y purificación propias bajo la guía del Espíritu Santo. Esto se logra principalmente con el testimonio de una fe viva y adulta, educada para poder percibir con lucidez las dificultades y poderlas vencer. Numerosos mártires dieron y dan preclaro testimonio de esta fe, la cual debe manifestar su fecundidad imbuyendo toda la vida, incluso la profana, de los creyentes, e impulsándolos a la justicia y al amor, sobre todo respecto del necesitado. Mucho contribuye, finalmente, a esta manifestación de la presencia de Dios el amor fraterno de los fieles, que con espíritu unánime colaboran en la fe del Evangelio y se alzan como signo de unidad" (Vat. II, Get. S. 21).

En cuanto a las organizaciones apostólicas y piadosas de los seglares, debemos decir con el Concilio Vaticano II "que el hombre es social por naturaleza y que Dios ha querido unir a los creyentes en Cristo en el Pueblo de Dios (cf. 1 P. 2, 5-10) y en un solo Cuerpo (cf. 1 Co. 12, 12). Por consiguiente, el apostolado organizado responde adecuadamente a las exigencias humanas y cristianas de los fieles y es al mismo tiempo signo de la comunión y de la unidad de la Iglesia en Cristo, quien dijo: "Donde dos o tres están congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt. 18, 20). Por esto, los cristianos han de ejercer el apostolado aunando sus esfuerzos. Sean apóstoles tanto en el seno de sus familias como en las parroquias y diócesis, las cuales expresan el carácter comunitario del apostolado, y en los grupos espontáneos en los que ellos decidan congregarse" (Vat. II, AA. 18).

19. — Presencia de Cristo en cada uno de nuestros hermanos

Cristo está presente en cada uno de nuestros hermanos. Las palabras del divino Maestro son claras. En la descripción del juicio final (cf. Mt. 25, 31 ss.), Jesucristo se identifica con los hambrientos, los sedientos, los peregrinos, los pobres, los enfermos, los encarcelados. Y afirma: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt. 25, 40). Y "cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo" (Mt. 25, 45).

La razón de esto radica en que "Cristo, al asumir la naturaleza humana, unió a sí con cierta solidaridad sobrenatural a todo el género humano como una sola familia y estableció la caridad como distintivo de sus discípulos con estas palabras: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros"

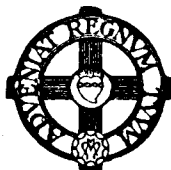
(Jn. 13, 35)" (Vat. II, AA. 8). Porque "el mandamiento supremo de la Ley es amar a Dios de todo corazón y al prójimo como a sí mismo (cf. Mt. 22, 37-40). Y Cristo hizo suyo este mandamiento del amor al prójimo y lo enriqueció con un nuevo sentido al querer identificarse Él mismo con los hermanos como objeto único de la caridad, diciendo: "Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mt. 25, 40)" (Vat. II, AA. 8).

Por eso, en virtud de esta presencia de Cristo, "urge la obligación de acercarnos a todos y de servirlos con eficacia cuando llegue el caso, ya se trate de este anciano abandonado de todos, o de ese trabajador alienígena despreciado injustamente, o de ese desterrado, o de ese desterrado, o de ese hijo ilegítimo que debe aguantar sin razón el pecado que él no cometió, o de ese hambriento que recrimina nuestra conciencia recordando la palabra del Señor: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt. 25, 40)" (Vat. II, Get. S. 27).

Yañade el Concilio: "No sólo esto. Cuanto atenta contra la vida —homicidios de cualquier clase, genocidios, aborto, eutanasia y el mismo suicidio deliberado—; cuanto viola la integridad de la persona humana, como, por ejemplo, las mutilaciones, las torturas morales o físicas, los conatos sistemáticos para dominar la mente ajena; cuanto ofende a la dignidad humana, como son las condiciones infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; o las condiciones laborales degradantes, que reducen al operario al rango de mero instrumento de lucro, sin respeto a la libertad y a la responsabilidad de la persona humana: todas estas prácticas y otras parecidas son en sí mismas infamantes, degradan la civilización humana, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador" (Vat. II, *id.*).

En fin, "si recordamos cómo en el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho transparente por sus lágrimas y por sus dolores, podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo (cf. Mt. 25, 40), el Hijo del hombre; y si en el rostro de Cristo podemos y debemos, además, reconocer el rostro del Padre celestial: «Quien me ve a mí —dijo eJésus— ve también al Padre» (Jn. 14, 9); nuestro humanismo se hace cristianismo, nuestro cristianismo se hace teocéntrico, tanto que podemos afirmar: para conocer a Dios es necesario conocer al hombre" (Paulo VI, Disc. Claus. Conc. 7-XII-1965).

(Continuará)



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Enero 1968

GENERAL:

Que los derechos fundamentales del hombre sean reconocidos, observados y defendidos por todos.

MISIONAL:

Por la colaboración universal de los cristianos en lo social y económico.

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

VII

INGLATERRA: UN GRAN IMPERIO SIN BASE TEOLOGICA

(Continuación)

¿Política masónica y maquiavélica?

Aun cuando no nos gusta descender demasiado a la anécdota — por aquello, tan verdadero, de que los árboles privan de ver el bosque —, el estudio de la actuación de Inglaterra en la gran crisis que abocó en 1914 a la Gran Guerra es tan instructiva, que, a la vez que da la medida exacta para calibrar adonde llegan, y adonde no, los pecados de la “Pérfida Albión”, nos da el mejor resumen de lo que era la Europa de aquel tiempo, y nos situará mejor para comprender luego cuanto eran y significaban las demás potencias: Francia, Rusia, Alemania, Austria-Hungría, Italia.

Como decíamos en nuestro anterior artículo, choca ver que la política que ha sido calificada como la más maquiavélica de la historia toda, o sea la inglesa, fuese, tan a menudo, conducida por políticos de inteligencia tan menguada. ¡Por un Disraeli, cuantos mediocres burócratas! Porque, cuando estudiamos, con detalle, tantos “Libros” blancos, amarillos o verdes como luego se han publicado, poniendo los trapos al sol, y, por tanto, aquella política de manifiesto, quedamos pasmados ante la rutina, la pesadez de que en general dan prueba los ministros y funcionarios británicos.

Y es que, como veremos, y contra lo que se cree, es muy fácil ser ministro británico, o ministro de lo que llamamos un gran País. Cualquier mediocridad solemne, a condición de ser hierática y de no comprometerse a nada, y de seguir las líneas rutinarias de su tradicional política, hace un buen papel. En este bajo mundo, duro y triste (fenómeno nunca bastante comentado, y siempre poco conocido) el círculo vicioso juega con todo, anulando los mejores valores e iniciativas. Se es ilustre tan sólo si se es hijo de un gran País; y este País es ilustre porque se ha dado en decir que sus hijos son ilustres. Se es rico y sabio porque se es poderoso; y se es poderoso porque se es rico y sabio. El mejor ejemplo se halla en las grandes editoriales y rotativos: por fatuos que sean. Tienen mucho tiraje porque tienen muchos anuncios y lectores; y tienen muchos anuncios y lectores porque tienen mucho tiraje. Este círculo vicioso, visibilísimo en la vida de los pueblos (que hace a los grandes mayores porque ya son grandes, y a los chicos inferiores porque son pequeños), y en las bolas de nieve, lo reconoce Clemenceau (buscamos testimonio tan poco sospechoso precisamente exprofeso) en sus memorias (Mordacq): al tributar homenaje a la inteligencia del pícaro Venizelos, admirándose, y no sin razón, de que, representante del

más mísero País (Grecia), después de un pasado lamentable (debido a que la miseria acarrea poca honorabilidad), se impusiese, por su talento, a los mediocres Wilson o Lloyd George. Y proclama que Venizelos, de haber nacido inglés o alemán, sería un nuevo Bismarck...

Mas, volviendo a nuestro tema, ningún ejemplo más palpable tenemos que en Sir Edward Grey, universal ministro de Relaciones exteriores de la Gran Bretaña en los años que antecedieron a la Gran Guerra, y figura, por tanto, la más simbólica y representativa de la vieja Inglaterra. Veamos la sugestiva descripción que de él hace el gran periodista de su tiempo — y que abona tanto nuestras afirmaciones — William Martin (nada sospechoso de anglofobia) en su vivaz y llena de puntería, obra “Les Hommes d’Etat pendant la Guerre”.

«Sir Edward Grey»

“...Existen, sobre todo entre los países latinos y eslavos, naciones ricas en individualidades de primer orden y donde, en cambio, la colectividad resulta decepcionante.”

“En cambio, donde los alemanes o anglo-sajones, al contrario, la colectividad es generalmente superior a los individuos que la componen. La Gran Bretaña, a pesar de haber constituido uno de los mayores éxitos de la Historia, ofrece, sin embargo, hombres políticos bien inferiores a los destinos a cuyo servicio se han hallado. Lord Grey es un ejemplo ilustre de esta afirmación.”

“Pictet de Rochemont, el plenipotenciario de la República de Ginebra en el Congreso de Viena, escribió, un día tras un incidente con el británico representante Lord Castlereagh: «¡Hace falta ser bien poderoso para poderse dar el gusto de ser tan bestia!». Sería injusto aplicar esta clasificación a Sir Edward Grey. Pero debe reconocerse que la potencia de la Gran Bretaña suple, con mucho, la inteligencia de sus jefes.”

“Cuando se habla en nombre del Imperio británico, no se requiere ser un muy grande hombre. Hay que reconocer que Edward Grey está perfectamente dentro de la citada categoría.”

“En Inglaterra existen diversos tipos de hombres de Estado. El tribuno, tipo a lo Lloyd George, es más bien excepcional; el tipo de «escolar» (de tradición gentleman intelectual), o sea el de Mr. Asquith o Mr. Balfour, es menos raro. El más frecuente, empero, entre todos, es el del «gentleman» típico al que pertenece Edward Grey.”

“No iréis a exigir de tal «gentleman» el conocer la

historia y la geografía del continente. Se cuentan del mismo, como de la mayor parte de sus antecesores o colegas, innumerable anécdotas.”

“Cuando el incidente de Agadir, ministros británicos se reunieron en conferencia con los generales. Uno de ellos explicó que los alemanes quizá invadirían Bélgica y Holanda. A este respecto se habló del Rhin. Sir Edward Grey le interrumpió: «¡Mi general, el Rhin es un río alemán!». Hubo de ser Mr. Asquith, el «sabio» del Gabinete, que le explicó: «Sir Edward, el Rhin transcurre por Alemania, pero nace en Suiza y muere en Holanda».”

“Otra vez, Sir Edward Grey llamó, en consulta, a un experto sobre asuntos de Persia. Después de una hora de conversación, un tanto brumosa, éste se dio cuenta de que el ministro confundía el Golfo Pérsico con el Mar Rojo...”

La responsabilidad de Inglaterra y de Grey

Si sacamos tanto a colación a Edward Grey, no es tan sólo porque lo hallamos representativo, sino por cuanto su política, marcando la inglesa, ha sido calificada por sus adversarios (sobre todo por el bando germanófilo), como causante de la I Gran Guerra. Otra vez la anécdota. Otra vez lo de si los árboles ocultan el bosque. Mas esta vez creemos que la anécdota refleja el fondo.

La gran acusación de los historiadores germanófilos, se centra, como es sabido, en la actuación de este Ministro, sobre todo durante el tremendo mes de julio de 1914. Nosotros creemos firmemente que Grey no fue más que un burócrata de tantos, que no hizo más de lo que hubiera hecho todo otro, y fue la tradicional política británica la que, fatalmente, llevó las cosas por el cauce que transcurrieron. Porque la política de un funcionario no puede cambiar, a lo menos a la larga, pese a todo caso anecdótico (una confusión de telegramas, un retraso de comunicación, etc.) el curso de la Historia: es siempre el mismo famoso problema de la nariz de Cleopatra.

Como es sabido, la “Entente” agrupaba la Gran Bretaña, Francia y Rusia; la “Triple Alianza”, Alemania, Austria-Hungría e Italia. Pero, dentro de ambas coaliciones, alianzas serias y firmes no habían más que la franco-rusa y la austro-alemana. De Italia no se fiaba nadie, y de Inglaterra ya se suponía — o debía suponerse — que obraría en cada momento según conviniera a sus intereses.

Por ello, y desde hacía décadas, toda la política alemana estaba al acecho, y con la mayor escrupulosidad, observando y cultivando, haciendo cábalas sobre la posición que adoptaría Inglaterra, en la esperanza de que Gran Bretaña quedaría neutral, dejando que los continentales se devorasen unos a otros, como tantas otras veces había acontecido. Había, sin embargo, que ser tan poco imaginativo como lo han sido siempre los alemanes (y más en un momento en que incluso rivalizaban con Inglaterra en el mar, con su flamante flota), para no dar por descontado y por delante, que tal esperanza era infundada. Con justicia, o sin ella, Inglaterra defendería

a Francia, no por amor, sino por evitar el enorme predominio continental teutón que de una victoria germana había de seguirse.

Empero, a pesar de tan justificada presunción, durante muchos años, y luego, en la azarosa crisis de Julio, se ve constantemente a Alemania interrogar a Inglaterra, y aun concebir esperanzas sobre su futura conducta. Y se ve constantemente a Inglaterra — y por tanto a Grey, su porta-palabra — cerrado en evasivas. Y en esto se apoyan los germanófilos en afirmar que tales evasivas daban pie a Alemania a creer que Inglaterra permanecería neutral, animándola a provocar la guerra, que es lo que deseaba Inglaterra. Y así Alemania cayó en la trampa.

Durante años, y sobre todo, en las enormemente largas gestiones diplomáticas que, en teoría, trataban de limitar el conflicto austro-servio (origen inmediato y pre-textual de la I Gran Guerra), se ve, cansina y repetidamente a Inglaterra — digamos a Grey — objetando (intentando platónicamente una conferencia mediadora de las llamadas grandes potencias), que tal conflicto era sólo local, y que *no concernía a Albión*. Excusa ésta la más cómoda. Esto no era decir nada, pero aquí han visto los germanófilos — y no sin motivo — una prueba de la perfidia anglo-sajona para engañar a Alemania. Ésta, siempre esperando la abstención de Inglaterra, empujó a Austria a mantenerse en su natural y digna posición de defensa ante la insolencia y los atentados servios, en lugar de aconsejarle una posición quizá menos noble, pero más prudente. Y, una vez la guerra ya inevitable, Inglaterra se quitó la careta. Abona, si cabe, la afirmación el hecho de que Inglaterra llevaba 100 años de aislamiento, sin decidirse nunca; 100 meses de regateos; 100 días, entre ellos los mortales de julio, sin decidirse ni pronunciarse. Pues bien, pese a tan — al parecer — prudente conducta, pese a tan pesadísima burocracia y a una lentitud tan exagerada en toda decisión, cuando Europa estaba ya en llamas, pese a todo esto, le bastaron al torpe y lento Grey, para decidirse, solamente 100 minutos cuando los alemanes invadieron a Bélgica. Ni un país ardiente y latino hubiera desenvainado tan rápidamente la espada “en defensa del derecho y de la justicia” como lo hizo Albión en aquel momento... bien que se trataba de defender, no a un pueblo invadido, sino el canal de la Mancha. Y demostrando que estaba todo bien preparado y madurado, pese a las ausencias, distracciones y, al parecer, despistes del noble Lord, a quien todo el incendio de Europa no le había bastado para renunciar — como veremos — a su “week-end”...

Tal es la dura acusación alemana contra la Inglaterra de Grey. Más si bien es la verdad, no es toda. También hay que achacar a los alemanes (además de su imperdonable brutalidad, de la que no son culpables los ingleses) su eterna torpeza y su escasa inteligencia al no intuir que Inglaterra jamás olvidaría sus intereses egoístas, perfectamente personificados en la obtusa personalidad, lenta y pesada, de Sir Edward Grey.

El «Week End» de Sir Edward Grey

Sí. Nos acabamos de referir a ella: culmina la anécdota. A fines de la última semana del julio fatal, cuando ya Austria se veía obligada a bombardear Belgrado, y Alemania y Rusia movilizaban — y el detalle es cierto — todas las cancillerías de Europa hubieron de aguardar 36 horas. Sir Edward Grey, el sábado, había abandonado el Foreign Office, y con la conciencia tranquila de quien sirve a su Patria y a su Rey, importándole, sin embargo, un comino el prójimo y la humanidad toda, había ido a tomarse su bien merecido “week-end” en el campo. Tales 36 horas fueron fatales (aun cuando no queremos exagerar dicha anécdota); no hubo cancillería que recibiese respuesta de Inglaterra, debido a que el noble Lord estaba echando su partida de golf...

Y aquí, como es natural, la fantasía juega. Se ha visto la maquinación; las fuerzas del mal, ansiosas de desencadenar la guerra se confabulan; Lord Grey, conspirando como en una película de terror... Ignoramos si hacía falta tanto. Probablemente toda la masonería, o quien jugase tras cortina, estaría en Inglaterra, asimismo, de “week-end”... y es muy probable que ninguno de sus altos grados tuviese una idea, como el noble Sir Edward, de donde, geográficamente, se hallaba Belgrado, o del grado de eslavismo de las poblaciones bosnias del Imperio austro-húngaro...

Por el antes citado tremendo círculo vicioso que es el reflejo más triste del infierno en este bajo mundo, les era suficiente a las fuerzas del mal o a quienes hubiesen conspirado para la guerra y la autodestrucción de Europa, dejar tranquilo a Sir Edward Grey y a su burocrático y “carca” staff. A dejarle, una vez más, ante toda tentativa de mediación, contestar con hierática flema británica, y con toda la que hasta cierto punto podemos llamar “buena fe” derivada de su escasa imaginación, que a Inglaterra no le afectaba ni le concernía intervenir entre Francisco José y el Czar... ¿Qué le importaba a su

Rey, Jorve V, tan tranquilo en su solio aun casi victoriano, lo que ocurría en los Balkanes?

Bastaba dejar tranquilo, con su hierática y aristocrática figura, a Sir Edward Grey. En servicio de su Rey, no se comprometería a nada. Y en esta posición obtusa, y en manos de un lord que pensaba más en la caza del zorro que en los problemas de los pueblos, se hallaban los destinos de Europa, por cuanto éstos dependían de Inglaterra... No había, no, que conspirar. La máxima astucia, el máximo maquiavelismo inglés consistía en dejarlo todo a la mente retardada de su Ministro del Exterior. Y ni siquiera maquinación, propiamente dicha, existía. Ella era eterna; estaba, más que en los hechos, en la idiosincrasia y en la tradición de Albión. Incluso inconscientemente. Quizá, ya, sin inmediata malicia, propiamente dicha.

Al servicio, como hemos dicho, de su Rey y de su Patria, los nobles lords en su incapacidad dejaban que Europa ardiese por sus cuatro costados, y destrozasen la vieja civilización de nuestro continente. Una nueva, indiscutible e imperdonable brutalidad germánica — de su lado, el “Deutschland Über Alles” tan culpable como el “Britannia rule the Wawes” — invadiendo a Bélgica, había de dar automático pretexto a Albión para desenvainar la espada, y poder proclamar, elegantemente, que defendían la causa de los pueblos oprimidos... a condición, naturalmente, de que éstos fuesen ribereños del canal de la Mancha. Porque dos años después, Inglaterra y Francia cometieron la misma acción, antes tan condenada: invadieron Grecia para atacar, desde allí, a los austro-alemanes en los Balkanes. Si bien también unos y otros lo hicieron al servicio de su Rey y de su Patria, y ambos ideales, por lo visto, justifican las peores agresiones y atropellos.

Y Europa, víctima de Inglaterra, de Alemania, y de Francia, en llamas.

LUIS CREUS VIDAL

Hay quienes quieren combinar en el corazón del seminarista y del sacerdote, con alquimia especiosa, el amor por Jesús Sacerdote y Víctima y el amor a la mujer, y han pretendido demostrar que este segundo contribuye también a integrar, y aún a completar la personalidad del sacerdote no sólo como hombre, sino también como Ministro del divino Crucificado.

Tentativas de este género no son nuevas: basta tener presente el desarrollo histórico de la teología moral y ascética. Lo malo es que, no obstante la alquimia especiosa, de los que así discurren, el resultado siempre ha sido el mismo: en el corazón del sacerdote ha acabado por prevalecer el amor a la mujer con las consecuencias que pueden imaginarse...

**(Del Discurso del Cardenal Felici a los seminaristas.
“L'Osservatore Romano”, 7-11-67).**

14 CENTIMETROS

Allá por los años de 1925 comenzó la ofensiva de la falda corta y del "maillot". Desde 1918 se había iniciado la poda del vestido femenino, ciertamente inapropiado ya para aquella época, con sus faldas hasta los pies y su cargamento de refajos y enaguas. La poda llegó a lo razonable y luego lo sobrepasó largamente. Los moralistas denunciaron el hecho, unos destemplada y otros comedidamente. No se hizo caso ni a los primeros ni a los segundos. Eran los "dorados años veinte", época de bienestar y frivolidad. Los defensores de las nuevas modas, muy hombres de su tiempo, con mentalidad "amplia" según ellos, pero en realidad devotos del tranquilo conformismo, declararon que *"la moralidad no se medía por centímetros de tela"*. Ésta, pues, continuó menguando y como tampoco venía de un centímetro más o menos de contacto, el baile que entonces decían agarrado y que sólo lo era por las manos, se hizo más aproximado; los novios por su parte abandonaron el romántico apretón de manos y empezaron a cogerse del brazo.

El "crack" de 1929, hizo alargar las faldas y moderar los ímpetus juveniles, porque siempre en las épocas de prueba, se vuelve a la norma y a la austeridad. Mas luego sobrevinieron otros "dorados años treinta" y volvió a subir la falda y

a achicarse el bañador. Los de la mente ancha volvieron a vocear que la moralidad no se medía por centímetros. Nuevos recortes de tela y nueva disminución de distancia entre hombre y mujer en el baile y en el noviazgo.

Pasó la segunda guerra mundial con su cohorte de espantosas tragedias, sus lagos de sangre y de lágrimas; vino la posguerra, época de viudedad y de penitencia. El traje femenino recobró su dignidad y hasta su belleza. En lo que va de siglo, los vestidos del cuarenta y tantos han sido los más elegantes, sencillos, honestamente modernos y prácticos en la mujer.

Pero la guerra, con todos sus horrores, se perdió en el recuerdo; las nuevas generaciones apenas creían que hubiera existido. Vinieron los "dorados años cincuenta" y luego los sesenta. Y comenzó la tercera ofensiva del desnudismo, más arrolladora, más brutal y más desvergonzada que nunca. Se empezó por desvestir a las niñas para que el pudor no tuviera tiempo ni de arraigar en el alma femenina. Después continuó la evaporación de ropa a marchas forzadas. El hombre liberal seguía con su monótono estribillo: *"la moralidad no se mide por centímetros de ropa"*. Y pasamos a los trajes sin espalda y a la falda por encima de la rodilla... Seguimos sin medir la moralidad por centí-

metros. Y llegó el bikini con toda su procacidad, se exhibieron caderas, vientres y nalgas. Los novios, como su decoro no se mide por centímetros, se cogen ya no por el brazo, sino por el cuello, por la cintura o por donde buenamente les apetece. Y en el baile, como se han terminado los centímetros de separación y la moralidad tampoco se mide por milímetros, pues las parejas ya no danzan pegadas, sino sencillamente incrustadas.

¿Qué hemos de hacer? Hay una consigna entre los sociólogos de hoy, incluso algunos católicos, con respecto a la vestimenta y las costumbres. Esta consigna es una verdadera novedad, un hallazgo. Escuchen ustedes: *"La moralidad no se mide por centímetros..."* Mientras esta consigna va de parte a parte del planeta, ha llegado el monobikini y, ¿hemos de repetir otra vez la frase?, en algunos sitios, incluso de nuestra patria, ha llegado el "mono-nada". Desde luego, todavía clandestinamente, pero no tardará en adquirir derechos en todas partes, porque... *"la moralidad no se mide por centímetros"*. Desde 1920, hasta la fecha, centímetro a centímetro, ha desaparecido totalmente el vestido y con él el pudor, la decencia y la dignidad.

No hemos llegado todavía exactamente a eso, en general. Esto es cierto, pero, de verdad de verdad, faltan muy pocos centímetros.

CONSTANTINO

En los albores del siglo IV de nuestra Era, comenzó para la ya

florecente y nutrida Cristiandad del mundo civilizado, la máxima

prueba. Las persecuciones de los siglos anteriores habían sido episo-

dios o de simple perversidad, como las de Nerón y Domiciano, o de verdadera ignorancia del cristianismo como las de Trajano y Marco Aurelio. Ahora el infierno se levantó de un solo golpe, bien organizado, con armas y pertrechos nunca vistos. Había subido al trono un emperador inteligente y tenaz, Valerio Diocleciano, rodeado de colaboradores malignos y sanguinarios. Éstos eran principalmente Maximiano Hércules, soldado brutal que no creía en dios alguno, y sobre todo Galerio eslavo de nación, tan brutal como el anterior, pero más inteligente, refinado y sañudo, que puso en la persecución odios ancestrales y familiares. A esto se añadió otra hiena sedienta de sangre y lubricidad, Maximino Daia. Entre todos organizaron una perfecta lucha a muerte contra el nombre cristiano; lo que empezó siendo una simple medida política, considerada necesaria por Diocleciano, se convirtió en un torneo de barbarie que puso de manifiesto la degradación de una raza que había producido hombres tan grandes y generosos como César, Trajano y Antonino. Los relatos de Lactancio, de Eusebio de Alejandría o de Prudencio, causan escalofríos de horror. Todo el mundo podía insultar y delatar a un cristiano, el cual perdía hasta el último derecho humano en el momento en que se sabía que lo era. Se les azotaba con cuerdas, látigos y vergas, se les desgarraban los costados, los miembros, el vientre; se les amarraba agonizantes hasta sucumbir desangrados o de hambre. Se les buscaba por todos los rincones, se les cazaba como a las alimañas. Perecían los ancianos, sacerdotes y obispos, los patricios, los plebeyos, los soldados, las matronas, las doncellas, los niños, todos entre espantosos sufrimientos. Fue una hecatombe sin precedentes en la historia. Los gobernadores y prefectos, superaban en bestialidad a sus amos, como ocurrió en España con Daciano.

En el año 305 abdicaron Diocleciano y Maximiano, que habían

guardado para sí el título de "augustos" o emperadores supremos, correspondiendo sucederles a sus dos colegas Galerio y Constancio. La persecución continuó insaciable a cargo de Galerio y de sus colaboradores Maximino y Severo. Únicamente Constancio, valeroso militar y hombre honrado, hizo caso omiso de los decretos anticristianos en las provincias que tenía a su cargo; pero no pudo recoger el mando supremo porque murió en Inglaterra en 306, dejando al frente de sus tropas a su hijo Constantino, a quien había tenido de una mujer humilde, Flavia Helena, que nosotros conocemos como santa.

El imperio se transformó en un caos de maldición por las disensiones entre los emperadores y césares. En el año 311, podrido en sus vicios, sucumbía Galerio. Maximiano y después su digno hijo Majencio, aspiraban al gobierno único, cimentado en su abyecta política. En este momento fue cuando, nuevo Julio César, desciende de las Galias un caudillo joven, hermoso y enérgico, representante de un mundo nuevo que coloca en sus lábaros el signo de la Cruz: Flavio Valerio Constantino. Lo que sigue lo sabe cualquiera. En Puente Milvio el viejo paganismo sucumbe envuelto en sus crímenes. El vencedor, publica en 312 el edicto de Milán por el cual se da libertad a los cristianos. La Iglesia en peso suspira y respira, sale de las cárceles y de las catacumbas, evangeliza y perdona, se extiende y florece.

* * *

Esta disquisición histórica es un poco larga, pero la conceptúo muy necesaria, ya que uno de nuestros viejos amigos los *tópicos del día*, lleva precisamente el nombre del importante personaje histórico a que acabamos de aludir: Constantino.

Las personas que creen que el mundo fue creado anteayer o cuando más, hace un lustro, miran con desdén las enseñanzas de la Histo-

ria, que sólo habla de sucesos que pasaron para no volver. Craso, fantástico error. Si hay algo que se repite una y otra vez, es la historia, con todos sus aciertos y sus errores. Más aún, los pueblos, según enseña una ciencia llamada Etnología, conservan su modo de ser y por lo tanto repiten su modo de reaccionar durante muchos milenios. Cuando Estrabón o Tito Livio describen las cualidades del pueblo celtibero, parece que están hablando de los españoles de ahora. Y hay dos mil años de distancia. Todavía, después de tanto tiempo, pronunciamos la *uve* igual que la *be*, exactamente igual que ocurría entonces.

Precisamente por no aprender las lecciones de la Historia, sobrevienen los grandes desastres a los jefes y a las naciones. Hitler repitió, paso a paso, el mismo error de Napoleón en su "marcha hacia el Oriente", como éste había repetido el de Carlos XII y este último el de Ricardo Corazón de León. Y todos con el mismo resultado. El hombre es el único animal que tropieza, dos, seis o veinte veces con la misma piedra, sin escarmentar nunca.

Así pues, los que ahora repudian el constantinismo en aras de la independencia religiosa, tienen únicamente razón dentro de unos estrechos límites. Si un Constantino, libertador y benefactor de la Iglesia, se cobra alguna vez sus servicios en regalismos o en excesivas intervenciones temporales en el gobierno eclesiástico, esto es inconveniente y se debe procurar evitarlo si se puede. Pero repudiar a Constantino hasta el extremo de posponerlo a Nerón o a Galerio, sólo lo puede hacer un loco.

Es preferible una iglesia libre que una iglesia *protegida*; pero es cien veces preferible una iglesia *protegida* que una iglesia triturada o una iglesia muerta. Cuando Nerón o Majencio, o Gengis Kan, o Mahomet II avanzan lanza en ristre apuntando al corazón de nuestros pueblos y de nuestras creencias, rechazar a Constantino es un suicidio, aparte de que negar al

hombre el derecho a la legítima defensa es una filosofía inútil y anti-humana.

Es cierto que en muchas ocasiones, el Cristianismo ha triunfado de la persecución, emergiendo de un mar de sangre como una flor maravillosa. Pero otras veces no ha triunfado ni ha revivido. Éstos son hechos de los cuales podemos discutir las causas, pero no su realidad. No sabemos por qué designios divinos han ocurrido estos hechos, pero lo cierto es que han ocurrido.

Para los olvidadizos y los refractarios, abramos otra vez el libro de la Historia. En la edad clásica, una de las más florecientes regiones del mundo cristiano fue África del Norte. De allí salieron insignes sabios y santos inimitables. Los prodigios de la ascética Pacomio, Pablo y Antonio; las cumbres de la filosofía y de la apologética: Cirilo, Atanasio, Cipriano, Agustín. El África cristiana fue un preciado florón de la iglesia y de la latinidad durante seis siglos. Pero en 643 el caudillo árabe Amrú ben Alás se apoderó de Egipto

y más tarde el alud de los musulmanes señoreó todo el África conocida pasándola como un huracán de Oeste a Este. ¿Cuál ha sido el resultado? La latinidad y el cristianismo han desaparecido de este África para siempre jamás. No tengo antipatías por los *Hijos del desierto* y para mi gusto prefiero un buen musulmán a un mal cristiano. Pero constituye un axioma histórico la irreversibilidad del fenómeno islámico. Con una sola excepción, todos los pueblos del mundo que fueron islamizados permanecieron y permanecen así a través de los siglos, sin remedio.

Preguntemos a los historiólogos qué hubiera pasado si los generales de Omar se hubieran topado en el África del siglo VII, gobernada por afeminados duques bizantinos, algo más sólido y enérgico. Un Constantino, un Teodosio, un Carlos Martel, un Cid, un Juan de Austria, un Juan Sobieski o sencillamente un Mac Arthur o un Franco. África hubiera permanecido latina y cristiana; hubiera seguido produciendo sabios y santos en todas las épocas, en vez

de permanecer en ella raído el nombre de Cristo hasta el día de hoy.

Los árabes, que no eran tan fanáticos como generalmente se cree, acabaron con la religión cristiana en África más bien que por la sangre, por la asfixia. Emplearon quizás inconscientemente la misma táctica que hoy emplea muy estudiadamente otro gran enemigo de la Cruz: el Comunismo. Y con el mismo éxito, porque señores, el Comunismo, como el Islam, es también un fenómeno *irreversible*. Y allá donde pone la planta, por la violencia o por la astucia, no vuelve a florecer nuestra civilización ni nuestras creencias. La historia contemporánea lo ha demostrado *con una sola excepción*. Será casual, pero esta excepción es la misma de antes. Solamente hay una nación en el planeta que haya "regresado" indemne de las dos pavorosas aventuras del Islam y del Comunismo. Esta nación da la casualidad de que es *España*. Algo para que puedan meditar un poco los novísimos filósofos anticonstantinianos de nuestro país.

CARLOS A. CALLEJO

"CRISTO TE LLAMA"*

Nuestro eminente colaborador, el P. Roberto Cayuela, S. I., acaba de publicar ahora un libro con este título y se refiere a la "Universal vocación de la santidad de la Iglesia", expresada en el Vaticano II.

Con su acostumbrada maestría el P. Cayuela, en las cuatro partes de que se compone su libro, expone las cinco verdades que fundamentan nuestra fe y tomándolas como punto de partida desarrolla y comenta varios números del Capítulo V de la "Constitución dogmática sobre la Iglesia".

Libro aptísimo y muy recomendable a todos cuantos pretendan tener a mano un texto esclarecedor de lo que

puede quedar obscuro o dudoso por la obligada brevedad del texto conciliar y cuyo fin es encaminar a la práctica efectiva de aquello por lo que se celebró el Concilio y cristalizó en sus Constituciones y Decretos.

Este fin queda concretamente expresado en el prólogo: "*La celebración del Concilio fue el tiempo de siembra y cultivo; y el período postsconciliar ha de ser el tiempo de la recolección de sus frutos, para enriquecernos todos con ellos; y así, renovarnos todos, individual y colectivamente, de manera que toda nuestra vida sea conforme a la de Cristo, según el Evangelio; que procuremos ser santos, para que la Iglesia sea cada vez más santa, como su divino Fundador y Esposo la quiso y la sigue queriendo*".

M. L. S.

* "Cristo te llama". Vaticano II. *Universal vocación a la santidad de la Iglesia*, por Roberto Cayuela, S. I., Ed. Tip. Cat. Casals, Barcelona, 1967.